

GRAFITOS CON SIGNARIO CELTIBÉRICO EN CERÁMICAS DE *PINTIA* (PADILLA DE DUERO-PENAFIEL, VALLADOLID)

Patrizia de Bernardo Stempel*
Fernando Romero Carnicero**
Carlos Sanz Mínguez**

Conforman la Zona Arqueológica Pintia, localizada en Valladolid entre los términos municipales de Padilla de Duero/Peñafiel y Pesquera de Duero, las diversas áreas funcionales de la que en su día fuera la ciudad vacceo-romana de *Pintia*.¹ Así, en la margen izquierda del Duero e inmediata a la primera de las localidades citadas: la ciudad de Las Quintanas,² cuyas veinticinco hectáreas de superficie quedaron delimitadas por el curso del río y un complejo sistema defensivo de más de un kilómetro de longitud que, previamente detectado por la fotografía aérea,³ sabemos ahora, merced a las excavaciones que vienen realizándose en los últimos años, integran una potente muralla de grandes adobes forrada de piedra al exterior y un foso con tres senos —o triple foso—, separados por plataformas, de en torno a treinta metros de anchura;⁴ la necrópolis de Las Ruedas, de la que conocemos hasta la fecha doscientas cincuenta y dos tumbas de incineración, sesenta y siete de las cuales han sido publicadas,⁵ con su correspondiente *ustrinum*, emplazado en el pago conocido con el significativo nombre de Los Cenizales; y un posible santuario denunciado por la fotografía aérea. En la margen opuesta del río, y ya en el término de Pesquera de Duero, se localiza el barrio alfa-

* Este trabajo se ha llevado a cabo con la ayuda del Gobierno Vasco (GIC 10/83, IT 486-10).

** Este trabajo se ha llevado a cabo en el marco del Proyecto de Investigación *Cosmovisión y simbología vacceas. Nuevas perspectivas de análisis* (HAR2010-21745-C03-01), de la Dirección General de Investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación.

¹ Sanz *et al.* 2003a; Sanz y Romero 2005 y 2007. Acerca del topónimo *Pintia* véase ahora De Bernardo 2009.

² Centeno *et al.* 2003.

³ Olmo y San Miguel 1993, 524-525, fig. 5, láms. xvii-xx; Olmo 1999, 416-420, fig. 13, láms. X-XII; Sanz *et al.* 2003a, 53, fig. 4.

⁴ Sanz *et al.* 2010; 2011a, 12-14; 2011b y e.p.

⁵ Sanz 1997.

rero de Carralaceña, en el que se han exhumado tres hornos de cocción,⁶ que contaba con área residencial y cementerio propio, de incineración igualmente este último.⁷

En el presente trabajo nos proponemos dar a conocer una serie de piezas cerámicas con grafitos en signario celtibérico procedentes del poblado de Las Quintanas y la necrópolis de Las Ruedas, que vienen a engrosar la nómina de textos indígenas recuperados en contextos vacceos reunida bien recientemente por Blanco García.⁸

I. EL CONTEXTO ARQUEOLÓGICO

1. Poblado de Las Quintanas

Las excavaciones arqueológicas en el poblado de Las Quintanas, desarrolladas de forma ininterrumpida entre los años 1998 y 2006, afectaron a una extensa zanja, de 56 m de longitud por 8 m de anchura; merced a ello ha podido detectarse una dilatada estratigrafía, que supera los cuatro metros de potencia y compendia más de mil años de historia. Pese a que dichos trabajos no alcanzaron niveles más antiguos que los correspondientes a la etapa sertoriana (fig. 1.A),⁹ sabemos de la existencia de los infrayacentes a partir del vaciado de un pozo artesiano fallido de época altoimperial que rompió toda la secuencia estratigráfica. Nos consta así que a los siete niveles vacceos, todos ellos con un episodio final de destrucción violenta por incendio, siguen cinco fases de ocupación romana y que culmina la secuencia un cementerio tardorromano y visigodo, en el que se han excavado un centenar de tumbas de inhumación.¹⁰

Parece prudente señalar de inicio que los niveles a que habremos de referirnos han llegado hasta nosotros en diferente estado de conservación. Frente a los propiamente vacceos que, sellados por los escombros de su destrucción violenta como queda dicho, fueron enrasados con posterioridad, los tardorrepublicanos y altoimperiales, en tanto niveles de abandonado deliberado, se definen en no pocas ocasiones con mayor dificultad, máxime considerando que se ven afectados por las numerosas fosas excavadas para acoger los enterramientos de época tardorromana y visigoda. Ello implica que, mientras las ocupaciones prerromanas¹¹ se muestran ricas en elementos mate-

⁶ Escudero y Sanz 1993.

⁷ Sanz, Gómez y Arranz 1993.

⁸ Blanco 2011.

⁹ Sanz, Romero y Górriz 2009.

¹⁰ Velasco, Sanz y Centeno 2003; Romero y Sanz 2009, 85-94.

¹¹ Mantenemos en este sentido la idea, ya expresada en alguna ocasión anterior (Sanz 2008, 179), de contemplar como indígenas los niveles correspondientes a la totalidad del siglo I a.C., en la línea de lo manifestado por Fuentes 1992, 599, para el ámbito funerario ibérico.

riales, las correspondientes a las fases propiamente romanas ofrezcan mayor pobreza y restos fragmentarios.

Del poblado han sido dadas a conocer ya dos piezas cerámicas con posibles marcas en signario celtibérico,¹² a ellas sumamos ahora dos más que fueron recuperadas en el sector C1 —un cuadro de 8 por 8 m— de la mencionada trinchera excavada en Las Quintanas; la primera de ellas, el fondo de un vasito —del que teníamos una breve noticia, con lectura preliminar de la inscripción que presenta—,¹³ en el nivel augusteo-tiberiano (fig. 1.C.3) y la segunda, un pequeño recipiente campaniense, en el sertoriano (fig. 1.C.1). Al objeto de contextualizar debidamente tales hallazgos, nos referiremos en primer lugar al nivel sertoriano, seguidamente al augusteo-tiberiano y aún, para finalizar, al que sella a este último, pues nos ofrece una referencia *ante quem* para el mismo.

En el nivel sertoriano del sector C1 se exhumó la vivienda identificada como casa 9 (fig. 1.B.a).¹⁴ Se trata de una amplia y un tanto compleja construcción, de planta cuadrangular y muros de adobe, cimentados sobre vigas de madera encastradas en el suelo, de la que conocemos apenas cuarenta metros cuadrados —por cuanto sus límites por el este y oeste exceden el marco de la unidad de excavación— y ocho estancias; se distribuyen estas últimas en cuatro espacios sucesivos, el primero de los cuales, desde la fachada abierta al oeste, parece diáfano, en tanto que los restantes se encuentran compartimentados en dos, tres y dos habitaciones, respectivamente. Su flanco meridional, yuxtapuesto al de la casa 10, se vio afectado por la apertura del pozo artesiano de época romana, ya mencionado, interesando a los dos sectores centrales y en concreto a la estancia que, al sur de la de mayores dimensiones —que cabe sospechar fuera la principal y en torno a la cual giraría la mayor parte de la actividad doméstica cotidiana—, deparó un molino circular de esquisto completo, cuya muela muestra sobre el orificio central una tolva construida en arcilla, junto a una vasija con restos de grano carbonizado,¹⁵ y a la que la sigue por el este.

Pues bien, fue precisamente en el arco del perfil del pozo que rompe la última habitación mencionada, aunque perteneciente sin duda al derrumbe de la vivienda que nos ocupa, donde se recuperó el pequeño vasito campaniense que aquí nos interesa y al que nos referiremos más adelante; una pieza tipo “tintero”, de la forma 7742a de Morel, que cabe fechar en torno al 210 a.C.¹⁶ y que viene a sugerir, una vez más, la transmisión de bienes de prestigio, en este caso además importado, a lo largo de sucesivas generaciones.¹⁷

¹² Gómez y Sanz 1993, 367, figs. 16-7 y 17-20; Blanco 2011, 178-179 núms. 1 y 2, figs. 9 y 10.

¹³ Sanz 2008, 181, fig. 2-2; más recientemente: Blanco 2011, 179-181, núm. 3, fig. 11.

¹⁴ Sanz, Romero y Górriz 2009, 255-261, figs. 2 y 7.

¹⁵ Sanz, Romero y Górriz 2009, 260-261, fig. 3-6.

¹⁶ Morel 1981, 418, lám. 207.

¹⁷ Sanz 2008, 190; Sanz, Romero y Górriz 2009, 266-267.

La estructura exhumada en el nivel augusteo-tiberiano (fig. 1.B.b),¹⁸ cuya orientación sigue las pautas de las sertorianas precedentes que acabamos de comentar, tuvo en inicio dos estancias, designadas con las letras A y B, a las que se añadió más tarde una tercera (C). Suman las primeras, separadas por un muro de tapial, una superficie de apenas diecinueve metros cuadrados, y conocemos de la tercera poco más de trece metros cuadrados.

Al exterior, el perímetro de las denominadas estancias A y B viene determinado por muros de tapial; en su interior se apreció un pavimento de arcilla muy tamizada y apisonada, que recubrió asimismo la parte inferior de los muros. La segunda de ellas cuenta, aproximadamente en el centro, con un hogar de planta cuadrada y, en su esquina suroeste, con un banco de tapial adosado al muro, junto a cuya base se recuperó la vaina de un puñal tipo Monte Bernorio: una pieza fechable en el siglo IV a.C. que constituye una auténtica reliquia en este contexto (fig. 1.C.2),¹⁹ aunque su “desactivación” no tuvo lugar hasta la remodelación que sufre la vivienda.

En efecto, tal y como queda dicho, en un momento dado se suma por el norte a las estancias A y B, una tercera, la C, que amplía considerablemente la superficie de la vivienda. Tal reforma se vio acompañada de la correspondiente nivelación del terreno con un echadizo de cenizas, al que siguió la implantación de un nuevo suelo —que supuso, en el caso de la estancia B el enterramiento y amortización definitiva de la vaina del puñal—. Dicho suelo se ofrece de forma desigual en la superficie de C, pero es particularmente interesante en relación con cuanto aquí comentamos, pues fue precisamente junto al tabique que separa esta estancia de la B, y entre una capa fina de cenizas que a buen seguro no es ajena a esta ocupación, donde apareció el pequeño fragmento del fondo de un vaso de cerámica fina anaranjada portador de la inscripción objeto asimismo de atención en este trabajo (figs. 1.C.3 y 3).

Por último, y sobre las habitaciones descritas, se implantó una nueva construcción, a la que se denominó casa 3 (fig. 1.B.c),²⁰ que mantiene la orientación de las precedentes. Se trata en esta ocasión de una única habitación, a la que se accedía por el lienzo norte, de la que se han exhumado cuarenta y cinco metros cuadrados, que, como elemento de diferenciación neto con respecto de aquéllas, muestra cimientos de mampostería trabada con barro, sobre los que se elevarían los muros de tapial. Una vez más, se documentan también ahora con nitidez dos fases de ocupación, pero manteniendo en todo momento el perímetro original. Corresponde a la primera un gran fogón, y dos hogares de considerables dimensiones a la más moderna, estructuras todas ellas que parecen más propias de un taller artesanal —en el que algunos útiles deteriorados de hierro y las abundantes escorias del

¹⁸ Sanz 2008, 179-183, fig. 1.

¹⁹ Ejemplos análogos, incluso de más largo recorrido, en: González-Ruibal 2006, 165-167; sobre la “biografía” y “vida social” de los objetos ténganse en cuenta además: González-Ruibal 2007, 298-315, y Rodríguez Corral 2009, 114-120.

²⁰ Centeno *et al.* 2003, 88-91, figs. 14, 15 y 17.

mismo metal recuperadas sugieren se desarrollaran actividades metalúrgicas— que de una vivienda doméstica.

Por lo que aquí nos trae es preciso tener en cuenta que en su segunda fase los muros oeste y sur se refundan; el primero de ellos toma su asiento sobre un echadizo de arcilla que sella el nivel correspondiente a la fase anterior, habiéndose recuperado, en la zanja que lo cimenta, un pequeño fragmento de terra sigillata itálica, correspondiente a una copa de perfil algo exvasado y con decoración a ruedecilla, que asimilamos a la forma Consp. 26.4 (fig. 1.C.4) y que aporta una fecha de la primera mitad del siglo I d.C.,²¹ proporcionándonos una clara referencia *ante quem* para el nivel infrayacente.²²

Tras este rápido repaso a las fases más recientes de la secuencia estratigráfica de la ciudad de Las Quintanas de *Pintia*, se impone ahora acotar de la manera más precisa posible su cronología. En principio, si la destrucción por incendio de la casa 9 tuvo lugar con ocasión de las Guerras Sertorianas, no parece haber mayores problemas para fechar el final de la vida del tintero campaniense en los comedios de la primera mitad del siglo I a.C. Algo más compleja es la datación del fondo del vasito recuperado en el nivel superior, por más que una primera aproximación, casi podría decirse que obvia, es que el mismo se localiza entre el nivel sertoriano de la casa 9 y el altoimperial de la casa 3; conviene tener presente todavía, por lo que al primer dato se refiere, que la construcción de las habitaciones más antiguas del nivel intermedio comportaron la destrucción de niveles anteriores y que las pobres evidencias con que contamos permiten presumir la existencia de dos niveles previos;²³ en relación ya con la casa 3 contamos con la fecha *ante quem* determinada por la obra y amortización del pozo artesiano fallido, es decir a finales del siglo I o inicios del II d.C.²⁴ Un paso más nos permite precisar que, de acuerdo con lo últimamente señalado, las estancias A y B de la casa del nivel intermedio debieron de construirse en un momento avanzado del siglo I a.C. y, si la ampliación que supuso la agregación de la habitación C e implicó la amortización definitiva de la vaina del puñal tipo Monte Bernorio tuvo lugar como se ha señalado en los inicios del siglo I d.C.,²⁵ ello nos daría una fecha *post quem* para el fondo del vasito que nos ocupa. Por el extremo contrario, el echadizo y la zanja de cimentación del muro oeste de la segunda fase de la casa 3 cuenta con un punto de referencia en el fragmento de terra sigillata itálica, que, fechable en la primera mitad del siglo I d.C., constituye asimismo un término *post quem* para la mencionada segunda fase y permitiría localizar en un momento impreciso de dicho medio siglo la ocupación

²¹ Ettlenger *et al.* 1990, 98-99.

²² Sanz 2008, 179-181, fig. 2-3.

²³ Sanz 2008, 183.

²⁴ Centeno *et al.* 2003, 91-94, figs. 18 y 19.

²⁵ Sanz 2008, 185.

correspondiente a la fase inicial de este taller o zona artesanal. Todo ello, en definitiva, sitúa en la primera mitad del siglo I d.C. la fase más moderna del nivel intermedio, aquella en la que tuvo lugar la reforma en la que a las estancias A y B se sumó la C, habitación en la cual se recuperó el fragmento con la inscripción que estudiamos.

2. Necrópolis de Las Ruedas

Trescientos metros al sur de la ciudad de Las Quintanas, y separada de ella por el arroyo de La Vega, se localiza la necrópolis de Las Ruedas, cuyo topónimo debe de obedecer al recuerdo inmemorial de las grandes estelas discoides que marcaron en época altoimperial romana algunas tumbas.²⁶ Se trata de un cementerio de incineración, cuya extensión se estima en unas siete hectáreas,²⁷ en el que, como ya señalamos, se llevan excavadas hasta la fecha doscientas cincuenta y dos tumbas, de las cuales sesenta y seis han sido publicadas.²⁸ Su vida, iniciada en torno al tránsito entre los siglos V y IV a.C., se prolongó hasta finales del siglo I o inicios del II d.C.

De esta necrópolis se conocían asimismo algunas marcas sobre piezas cerámicas, no siempre identificables con el signario celtibérico,²⁹ recuperadas en buena parte fuera de contexto³⁰ y en el caso de cuatro vasos formando parte de ajuares en tumbas: dos en la 65,³¹ uno en la 68³² y otro en la 77,³³ amén de la inscripción desarrollada sobre una fusayola.³⁴ Incorporamos ahora a dicha nómina otra decena de vasos, recuperados todos ellos en tum-

²⁶ Sanz *et al.* 2003b y 2006.

²⁷ Sanz 2010, 210.

²⁸ Sanz 1997.

²⁹ Sanz 1997, 357-358.

³⁰ Sanz 1997, 151, núm. 174, fig. 152-174; 154, núm. 192, fig. 153-192; 154, núm. 208, fig. 154-208; 159, núm. 249, fig. 156-249; 161, núm. 271, fig. 157-271; 177, núm. 566, fig. 173-566. Blanco García, por su parte, recoge únicamente cuatro de esta media docena de piezas, omitiendo la 174, por considerar sin duda que el grafito es una simple aspa, y la 566 (Blanco 2011, 183-186, núms. 5 a 7, figs. 13 a 15, y 188-189, núm. 10, fig. 18).

³¹ Romero y Sanz 1990, 165-171 sobre la tumba en general; para los vasos que se citan: 167, núm. 2, y 169, núm. 5, fig. 2-2 y 5; Sanz 1997, 135, B, y 136, E, fig. 140-B y E; Blanco 2011, 186-188, núms. 8 y 9, figs. 16 y 17.

³² Sanz *et al.* 2003b, 207-212, figs. 7-9; Sanz *et al.* 2006, 73-75, figs. 7-9. Dado que en ambas publicaciones, pese a ofrecerse un dibujo de la pieza y el grafito, apenas si se hace una breve referencia a este último y teniendo en cuenta, asimismo, que no ha sido recogido por Blanco García en su tantas veces citado trabajo, muy probablemente porque siguiendo a sus editores entiende que los signos se corresponden con letras o numerales latinos, nos detendremos en su comentario en el epígrafe II.2.4.

³³ Sobre la tumba véase: Garrido y Gallardo 2003, 290, y Sanz y Romero 2005, 44-45; una buena fotografía del vaso en: Blanco 2010, fig. 18; por último, para el comentario del grafito: Blanco 2011, 189, núm. 11, fig. 19, y, en este mismo trabajo, con dibujo, el epígrafe II.2.2.

³⁴ De Bernardo, Sanz y Romero 2010. Someramente resumido, con posterioridad, en: Blanco 2011, 181-183, núm. 4, fig. 12; y Jordán 2011, 305-307, fig. 16.

bas, razón por la cual y previamente a su descripción y análisis, que abordaremos en el epígrafe II, nos detendremos ahora en su contextualización³⁵.

Tumba 127b. Configura, junto con la tumba 127a, una doble sepultura, si bien ambas se practicaron en hoyos diferentes; el de la que nos ocupa se selló con media docena de lajas de diferentes tamaños y cobijaba, además de los restos de la cremación de un individuo infantil, presumiblemente una niña de entre 6 y 7 años, contenidos en una urna tosca, otras sesenta y seis piezas, todas ellas conservadas intactas. De los diecinueve vasos que contenía, cuatro se elaboraron a mano y a torno el resto, siendo trece de ellos de pasta fina anaranjada y los otros dos ollas toscas, una de las cuales, como queda dicho, acogía los restos del difunto; de cerámica también son un sojajero, una cajita, dos zarcillos para el pelo y diecinueve canicas, a las que hay que sumar otras cuatro de piedra. Entre los objetos metálicos predominan los bronceos: cinco fíbulas o partes de ellas, entre las que destaca la que presenta una cabeza de lobo en el puente, una pulsera y seis colgantes y una aguja de coser; de hierro son una fíbula de La Tène, y una parrilla y unas pinzas para el fuego miniaturizadas. A todo ello cabe sumar tres cuentas de pasta vítrea y otra de ámbar y un huevo de pato o de oca pintado. Acompañaban además a tan nutrido ajuar ofrendas animales correspondientes a un ovicaprido joven y dos lagomorfos y un lepórido adultos.³⁶

Tumba 128. Correspondiente a una mujer adulta, de entre 20 y 40 años de edad —quizá vinculada familiarmente con la mujer y la niña, posiblemente madre e hija, enterradas en las tumbas 127a y 127b— apareció, excelentemente conservada, bajo una decena de lajas calizas de mediano tamaño. El ajuar, compuesto en su mayoría por piezas cerámicas, constaba de veintiséis elementos: veintidós recipientes, de los cuales solo uno estaba hecho a mano, perteneciendo el resto a cerámicas finas anaranjadas —dieciseis—, negras bruñidas —una— y ollas toscas —cuatro, una de las cuales contenía los restos de la difunta—, además de una cajita; entre los objetos de adorno se documentan dos cuentas de pasta vítrea; y entre los metálicos una aguja de coser de bronce y un cuchillo de hierro. Las numerosas ofrendas faunísticas, de las que dan cumplida cuenta más de centenar y medio de restos

³⁵ Por razones prácticas seguiremos en su descripción el orden de numeración asignado en la excavación, independientemente del grafito que porten los vasos correspondientes aparecidos en ellas; lógicamente, por el contrario, será este último criterio el que seguiremos a la hora de comentar las piezas y sus marcas en los apartados correspondientes del epígrafe II.

³⁶ Sanz y Romero 2008, 9-12; Romero y Sanz 2009, 76-82, fig. 2; Sanz *et al.* 2009, 71-80, en general, para su adecuada contextualización y 74-76, sobre el ajuar en concreto; Sanz y Romero 2010, 406-407 y 411, fig. 3.

óseos, correspondientes a cuatro ovicápridos, tres jóvenes y un adulto, dos lagomorfos, un bóvido y un cánido, adultos todos ellos.³⁷

Tumba 136. Conservada en buen estado, los escasos restos procedentes de la cremación se contenían en un cuenco. Como es habitual, el ajuar se componía en su mayor parte de vasos cerámicos, veinticinco en total, de los que cuatro se habían elaborado a mano y el resto a torno —diecinueve de pasta fina anaranjada y dos ollas toscas—, a los que cabe sumar una fusayola, asimismo de cerámica. De bronce son una aguja de coser y dos colgantes de tipo aguja y de hierro una parrilla en miniatura, un cuchillo, unas pinzas para el fuego y unas tijeras. Las ofrendas animales, repartidas entre cuatro contenedores, corresponden a dos bóvidos y dos lagomorfos, un adulto y un joven en cada caso, y a un suido adulto.

Tumba 140. Muy alterada y con los restos de la cremación dispersos entre la tierra; próxima a su perfil occidental había una estela enhiesta de mediano tamaño. Se han podido recuperar una olla tosca hecha a torno, en cuyo interior se conservaban restos de un suido y un ovicáprido jóvenes, y un fragmento de hierro correspondiente, muy probablemente, a la hoja de un cuchillo.

Tumba 144. En esta sepultura, conservada intacta, fue enterrado un individuo, de género no determinado, aunque probablemente femenino, y de entre 20 y 40 años de edad, cuyos restos se depositaron en una olla hecha a mano. Integran el ajuar veinticinco piezas: dieciseis cerámicas, siete metálicas y dos de pasta vítrea. Entre las primeras se cuentan seis vasos elaborados a mano y diez a torno, la mitad de los cuales corresponde a piezas de pasta fina anaranjada y la otra mitad a ollas toscas; dos pequeñas lajas de caliza reposaban sobre sendos vasos. De bronce es un broche de cinturón y de hierro unas tijeras, un cazo, una parrilla miniaturizada, un cuchillo con mango de hueso, un punzón y un fragmento indeterminado. Por último un collar de cuentas de pasta vítrea, de las que se han recuperado ciento quince, y un colgante policromo de tipo bifronte. Los restos faunísticos corresponden a dos lagomorfos, adulto y joven, un bóvido y un cánido adultos y un suido joven. Se ha sugerido que pudiera tratarse de “una verdadera ‘princesa’ ibérica”, que se habría hecho acompañar de algunos elementos foráneos de su dote.³⁸

Tumba 164. Alterada, los restos del difunto se contenían en una olla tosca hecha a torno. Además de esta última, se depositaron: tres vasos hechos a mano, dos elaborados a torno, uno de pasta fina anaranjada y otra

³⁷ Sanz y Romero 2008, 11; Romero y Sanz 2009, 76-82, fig. 3; Sanz *et al.* 2009, 71-80, en general, para su adecuada contextualización y 76-77, sobre el ajuar en concreto; Sanz y Romero 2010, 407-413, fig. 4.

³⁸ Sanz 2010, 225, fig. 26.

olla tosca, y una fusayola; por último, se recogieron restos óseos de, al menos, tres lagomorfos.

Tumba 173. Conservada en buen estado, los restos del difunto —un individuo adulto, de entre 20 y 60 años y sexo indeterminado, aunque la presencia de la panoplia completa de guerrero en el ajuar vendría a indicar que se trataba de un varón— se introdujeron, como es habitual, en una olla tosca hecha a torno. Además de las armas referidas —dos puntas de lanza y otros tantos regatones, un puñal de empuñadura en espiga con su correspondiente vaina de cañas, el broche o tahalí que lo sujetaba al cinto y un cuchillo afalcatado— se documentaron nueve recipientes cerámicos, todos ellos hechos a torno: seis de pasta fina anaranjada, una copita de cerámica negra bruñida y dos ollas toscas; de estas últimas, una contenía, como queda dicho, los restos del difunto y la otra cinco fragmentos costales de un ovicaprido adulto.

Tumba 184. Dos lajas de mediano tamaño sellaban parte del depósito, encontrándose los restos del difunto en una olla tosca hecha a torno. Un total de treinta y ocho piezas integraban el ajuar: veinticuatro recipientes cerámicos, más de un centenar de pequeñas grapas de bronce, once objetos de hierro, un mango de hueso y dos cuentas de pasta vítrea. De entre las cerámicas, ocho se fabricaron a mano y el resto —nueve de pasta fina anaranjada y siete ollas de pasta tosca— a torno. Las ofrendas faunísticas, contenidas en cuatro vasos, pertenecen a un suido joven, un ovicáprido adulto, un bóvido inmaduro y otra especie no identificada.

Tumba 230. Conservada en buen estado, contenía un único hueso resultante de la cremación del difunto introducido en un pequeño vaso, tipo catino, hecho a mano. Junto a este integraban el ajuar un vaso trípode de la misma hechura, siete vasos fabricados a torno —seis de pasta fina anaranjada y una olla tosca—, una fusayola y un punzón de hierro. Dos ofrendas animales, correspondientes a un bóvido adulto y otra especie no identificada, se recuperaron en el interior de otros tantos vasos.

Tumba 236. Muy mal conservada, contenía dos lajas calizas de mediano tamaño, seguramente desplazadas, que debieron de sellar el depósito; los restos óseos del difunto se encontraron dispersos entre la tierra del relleno. Integraban el repertorio cerámico seis vasos a torno —cuatro de pasta fina anaranjada, un vaso de pasta fina grisácea y una olla tosca— y una fusayola; de metal y todas ellas de hierro son: una parrillita, unas pinzas para el fuego y una alcotana, asimismo miniaturizadas, una anilla y un empuñadura tubular. Completaban el conjunto media docena de huesos animales, cuya especie ha sido imposible identificar.

Del cementerio de Las Ruedas procede asimismo la última pieza a que habremos de referirnos y que fue dada a conocer por uno de nosotros;³⁹ se trata de la cajita individualizada con el numeral XXIV, cuya naturaleza diminuta y la posible presencia del silabograma <Ko> en una de sus caras ya fue destacada entonces (fig. 2.1). No se hacía referencia en aquella ocasión al contexto preciso de su descubrimiento, al considerarse recuperada en posición secundaria y no poder vincularse, por tanto, a ninguna tumba en particular. Su hallazgo se produjo dentro de un profundo y estrecho hoyo del sector AF de la zanja II de excavación, trinchera a partir de la cual se definió en su día la estratigrafía horizontal del cementerio de Las Ruedas; en virtud de ello, dicho sector correspondería al momento pleno de la vida del cementerio, que cabría situar al final de la tercera fase y fechar entre los siglos III y segundo tercio del II a.C.⁴⁰

La experiencia acumulada en la excavación de esta necrópolis nos ha permitido entender que no todos los hoyos practicados en su solar correspondieron a tumbas. Es cierto que la presencia de alteraciones diversas, en forma de hoyas —ya fuera para plantar árboles o viñas o fruto de actividades furtivas en busca de tesoros—, ha podido dar pie a confundir estas con otras originales excavadas hace más de dos mil años; dichos vaciados profundos se definen particularmente bien una vez que superan los niveles antropogénicos más superficiales y alcanzan las gravas y arenas estériles de la terraza fluvial, siendo su relleno de coloración oscura netamente diferenciable de los colores blanquecinos, amarillentos u ocres que toma la terraza en diferentes zonas. Ha sido así cómo en los últimos años hemos podido definir hoyos que incluyen objetos cerámicos y metálicos, que podrían corresponder a tumbas o más propiamente a cenotafios, pero para los cuales tampoco estamos en condiciones de negar otras posibles funciones, desde lugares de ofrendas o libaciones, a *silicernium*, etc. Y cabe recordar en este sentido cómo no hace mucho dábamos a conocer una fusayola con inscripción en signario celtibérico⁴¹ recuperada precisamente, junto a otros materiales arqueológicos, pero sin restos óseos humanos, en uno de estos hoyos.

En el caso que nos ocupa, creemos poder señalar cierta función mágica o cultural para esta cajita zoomorfa, ya que apareció en la parte más baja de un hoyo de 2,15 m de profundidad, alcanzando el nivel freático, el cual aparecía sellado por dos grandes lajas de piedra caliza dispuestas a profundidades de 80 y 114 cm. No debe olvidarse que, como ha sido señalado por Chevalier y Gheerbrant:⁴² “el pozo reviste un carácter sagrado en todas las tradiciones; realiza como una síntesis de tres órdenes cósmicos: cielo, tierra, infiernos; de tres elementos: el agua, la tierra y el aire; es una vía vital de comunicación. Es también un microcosmos o ‘síntesis cósmica’”. Si a ello

³⁹ Sanz 1997, 169 núm. 522, fig. 166-522.

⁴⁰ Sanz 1997, 473-474.

⁴¹ De Bernardo, Sanz y Romero 2010.

⁴² Chevalier y Gheerbrant 1991, 849.

añadimos que esta cajita carece de cualquier utilidad funcional, por ser si no la más pequeña de las hasta ahora encontradas, sí una de las de menor tamaño conocidas, es plausible pensar que su depósito en el fondo del referido pozo pueda responder a algún tipo de ritual practicado en el desarrollo de alguna ceremonia, bien fuera funeraria —pero ¿vinculado entonces a qué tumba, si es que así fue? — o mágica y propiciatoria para los vivos.

Repasando la documentación de las excavaciones y las correspondientes planimetrías observamos que en el sector II AF se contabilizan hasta cinco hoyos y que literalmente se señala que tres corresponden a tumbas —44, 45 y 46— y dos “carecen de significado arqueológico”... *conocido* —deberíamos añadir ahora—, ya que fue en uno de estos donde apareció la cajita. Por proximidad y relación estratigráfica, el hoyo que aquí nos interesa parece romper el *loculus* de la tumba 44,⁴³ y ya en su momento planteamos la posibilidad de que la gran laja de piedra caliza que se sitúa sobre el mismo hubiera servido de estela de señalización de la dicha tumba. Sin embargo, si admitimos que la excavación de un hoyo tan profundo pudo ser posterior al depósito de esta tumba y hacemos responsables a sus ejecutores, siquiera sea en parte, del estado de alteración de la sepultura, parece más sensato considerar que la lancha de cubrición responda a un intencionado gesto de sellar el depósito, ajeno y posterior, por tanto, a la referida tumba.

La sepultura 46,⁴⁴ semidestruida y más alejada del hoyo en que apareció la cajita, sería otra candidata a desechar. Nos queda de esta forma —si algún vínculo cabe, insistimos, con depósito funerario alguno— la tumba 45,⁴⁵ cuyo estado de conservación especialmente bueno nos permite comprobar el alto contenido de vasijas rituales presentes en este conjunto. En efecto, hasta tres *recipientes complejos* hallamos aquí: un *kernos*, un vaso compuesto por cuatro ollitas trípodes unidas en dos niveles por asas y una bandeja de doble piso con dos calados o fenestras en el fondo de la superior, todos ellos con un marcado carácter singular y especialmente dirigidos a las libaciones o vertidos de líquidos de unas cavidades a otras.

Nunca sabremos a ciencia cierta si el hoyo de la cajita y la tumba 45 constituyen evidencias de un común ritual funerario puesto en práctica de manera sincrónica; en cualquier caso, su proximidad y la aparente mayor *concordancia de prácticas culturales* entre uno y otra permitirían plantear la conjetura; máxime si recordamos, además, que en la parte más superficial de este gran hoyo al que venimos refiriéndonos se pudo recuperar un *simpulum* o cazo de cerámica que nos hablaría igualmente de la manipulación y vertido de líquidos (fig. 2.2).⁴⁶ Por otro lado no hay que perder de vista que, como ha señalado recientemente Arenas-Esteban refiriéndose a los cementerios celtibéricos, estos no tenían una única finalidad, la de enterrar a los muertos,

⁴³ Sanz 1997, 109, figs. 104 y 105.

⁴⁴ Sanz 1997, 111-113, figs. 109 y 110.

⁴⁵ Sanz 1997, 109-111, figs. 106 a 108, lám. xvii.

⁴⁶ Sanz 1997, 175 núm. 548, fig. 171-548.

sino que acogían asimismo otras prácticas religiosas no estrictamente funerarias.⁴⁷

Finalmente, y en relación con cuanto aquí nos trae, es decir, sobre si los signos que aparecen en las tres caras de la cajita son o no grafemas, un argumento arqueológico en contra es que los grafitos aparecidos hasta hoy en la necrópolis de Las Ruedas se circunscriben a sectores avanzados de la zanja II —AM y sobre todo AQ para cerámicas de tipología indígena— que remiten, de acuerdo con lo anteriormente señalado, a cronologías más modernas que la del sector AF en el que fue recuperada⁴⁸ y concordantes con las generalmente atribuidas a los textos indígenas.

II. LOS EPÍGRAFES

1. Fondo de vaso con inscripción (fig. 3)

La primera pieza de que nos ocuparemos en el presente trabajo es un pequeño fragmento del fondo de un vaso de cerámica fina hecha a torno y cocida en fuego oxidante, cuya base mide 58 mm de diámetro y se conserva en una altura aproximada de 10 mm. Fue recuperada en el nivel augusteo-tiberiano del sector C1 de la trinchera excavada en el poblado de Las Quintanas y dada a conocer, tal y como señalamos en principio, no hace mucho, en una lectura preliminar y un tanto apresurada,⁴⁹ al contextualizar una excepcional vaina damasquinada de puñal tipo Monte Bernorio, a la que hemos tenido ocasión de referirnos en el epígrafe 1.1.

1.1. La escritura

El fragmento de texto conservado fue inscrito en la cara externa del fondo del vaso, previamente a su cocción, consta de seis signos del signario celtibérico y es bastante regular; se insertó entre dos líneas hipotéticas, a la vez paralelas y cóncavas, al objeto de ajustarlo a la curvatura del fondo de la pieza, razón por la cual unos signos aparecen inclinados hacia la izquierda y otros hacia la derecha.

El campo epigráfico mide 30 por 10 mm y los seis signos, todos ellos bastante claros y medianamente profundos, son aproximadamente de 5 mm, con la excepción del cuarto (<1>), más largo, y del quinto —probablemente un <Pa>—, de trazo algo más corto.

⁴⁷ Arenas 2007, 16-21.

⁴⁸ Sanz 1997, 357-358.

⁴⁹ Sanz 2008, 181, fig. 2-2; como provisional debe entenderse asimismo el dibujo presentado entonces, pues fue efectuado antes de la limpieza definitiva de la pieza. De esta pieza se ha hecho eco, bien recientemente, Blanco García, en un trabajo aparecido cuando el presente texto estaba ya prácticamente concluido (Blanco 2011, 179-181 fig. 11). Ha de entenderse, por tanto, que la transcripción ofrecida por Sanz Mínguez se corrige en el presente artículo.

Las perforaciones que se aprecian en la periferia del campo epigráfico no están relacionadas con el proceso de escritura, y tampoco parece que haya puntuación entre los signos individuales.

El primer signo se dejaría entender como la mitad derecha de un <s> con astas laterales paralelas,⁵⁰ aunque es evidente que, por ser fragmentario, no podemos tener certeza absoluta de ello. Se trataría entonces del <s> núm. 1 según la numeración de Untermann, es decir,⁵¹ de la variante más frecuente de dicho grafema, hallado, entre otras, en inscripciones procedentes de Caminreal, Numancia, Langa de Duero, Clunia, Gruissan, Viana, Sádaba, Belorado, y desde el periodo más arcaico en adelante.

Con respecto al segundo signo, la orientación de los demás signos del epígrafe —ajustados, como se ha dicho en el epígrafe II.1.1, a la curvatura del fondo de la pieza— hace mucho más verosímil pensar en una vocal <e>, con la orientación correcta y tan solo ligera y oportunamente inclinada de unos pocos grados hacia la izquierda, que postular un silabograma <KeI> según la tipología de Untermann —perteneciente al tipo moderno o belaisco—, al cual se hubieran dado una rotación de 180° y además un vuelco hacia la derecha.⁵² Se trataría, por lo tanto, de la <e> núm. 2, con dos brazos derechos en alto, para la cual Untermann (*l.c.*) indica como único ejemplo entonces conocido una de las téseras de Viana, la K.18.3. Se notará que Rodríguez Ramos, en la tabla citada arriba, dibuja justo la variante que se halla en nuestro vaso, es decir con los dos brazos muy espaciados, para el “grupo intermedio, central o segedense” y otra, con los brazos menos espaciados, para el grupo occidental o arcaico.

Como ya se intuyó en la anterior lectura,⁵³ el tercer signo se deja interpretar también, además de como <Tu> del tipo núm. 4 según Untermann, como la variante relativamente rara del silabograma <Ka> que acaba de aparecer también en otra inscripción en signario celtibérico procedente de la misma *Pintia*: una fusayola hallada en la necrópolis de Las Ruedas.⁵⁴ Si bien Untermann (*MLH*) no tuvo, en su día, en consideración dicha variante, Rodríguez Ramos (*l.c.*) la adscribía al “grupo intermedio, central o sege-

⁵⁰ Lo que se ve hoy en día no ofrece, por contra, ninguna razón para pensar, como se hiciera en 2008, en una <u> intacta a la izquierda, dado que no hay huella de la existencia del brazo superior derecho del signo <u>; una lectura como <u> queda ahora descartada también por Blanco 2011, 180. Por otro lado, tampoco hay razones para pensar —con este mismo autor— en una <l> invertida. Y en cuanto a la propuesta alternativa, es decir, a que el primer signo “podría ser el silabograma *Tu* de trazo basal que no termina de cerrar” (Blanco 2011, 180), parece acusar la falta de autopsia.

⁵¹ Cf. las tablas 2 y 3 en *MLH* IV, 443 y 444-446, a las cuales, así como al mapa 6, p. 438, y a las figuras 2A y 2B de Rodríguez Ramos 2006, 187-188, nos referiremos también en cuanto sigue.

⁵² Hipótesis poco económica que, asumida de forma implícita al dar la primera noticia del texto, es ahora aceptada, sin cuestionar, por Blanco 2011, 180.

⁵³ Sanz 2008, 181.

⁵⁴ De Bernardo, Sanz y Romero 2010.

dense”, por apreciarse en leyendas monetales del tipo **ka.r.bi.ka** y **e.r.ka.v.i.ka**.⁵⁵ Podría tratarse, no obstante, de un signo bastante antiguo si fuese una variante directa del grafema <Ka> núm. 6 de Untermann,⁵⁶ a la cual se hubiera añadido en el medio un trazo perfectamente vertical, suelto y de tamaño intermedio. Nuestra preferencia para la segunda interpretación se basa en las tres siguientes razones:⁵⁷ una es la coherencia cronológica con los demás signos —más bien intermedios si no arcaicos— de nuestra inscripción, mientras que el silabograma <Tu4> con vástago suelto y reducido pertenece a lo que Rodríguez Ramos (*l.c.*) llama el “grupo moderno o belaisco”,⁵⁸ la segunda es estructural, dado que al leer <Ka>, y en particular [ga], reaparecería —como veremos detenidamente bajo el apartado II.1.2— un conocido lexema céltico y se supone que los documentos que hallamos hayan tenido en su momento algún sentido; la tercera sería la coherencia con las convenciones de escritura en la zona de la misma *Pintia*, donde —como acabamos de recordar— ya apareció un silabograma <Ka> del mismo tipo.

El cuarto signo —que en 2008 no se consideró como grafema por no haberse revelado todavía en su totalidad—⁵⁹ es más largo que los tres primeros y sigue al tercero a una distancia ligeramente mayor que la existente entre el primero y el segundo signos y decididamente mayor que la que media entre el segundo y el tercero. No obstante, se descarta que pueda marcar el inicio de una nueva palabra, dado que —después de una segunda limpieza del fragmento cerámico, posterior a la autopsia del 20 de noviembre 2009— se lee con bastante claridad como una <l>⁶⁰ y el quinto signo indica sin duda alguna una sílaba que empieza por consonante. Se trata, en particular y con la misma ligera inclinación hacia la izquierda observada para la <e>, de la primera variante de <l> registrada por Untermann y utilizada, según Rodríguez Ramos,⁶¹ desde el período arcaico en adelante.

⁵⁵ Cf. las referencias en De Bernardo, Sanz y Romero 2010, 416 n. 37.

⁵⁶ Que representa la forma más antigua del signo en cuestión, ya presente en el signario de Espanca y que coincide con la forma del *gimel* fenicio: cf. ahora la tabla en De Hoz 2010, 625.

⁵⁷ Además, la proporción entre los trazos del signo en cuestión nos lleva a descartar también una <u> arcaica como la propuesta por Blanco (2011, 180), “en la que el vástago vertical no llega a contactar con los trazos en punta superiores”.

⁵⁸ Nótese que en *MLH* IV, 446 se omitieron los hallazgos relativos a esta variante, que se documenta, por ejemplo, en la estela de Ibiza (K.16.1).

⁵⁹ De ahí el malentendido de Blanco 2011, 180, que atribuye al cuarto signo la lectura propuesta por Sanz 2008, 181 para el tercero.

⁶⁰ En este sentido también Blanco 2011, 180-181, mientras que la posibilidad de una <a>, todavía sugerida por él, queda descartada después de la segunda limpieza a la que se sometió la pieza. Tampoco parece que el signo, constituido en origen por solo dos trazos, pueda representar una <Pi> del grupo más moderno (núm. 1 según Untermann), cuya característica es un gancho que, partiendo del trazo oblicuo, vuelve hacia el vertical a la izquierda.

⁶¹ Rodríguez Ramos 2006, 187.

El quinto signo, algo alejado del cuarto, es —como vio Sanz⁶² y recoge también Blanco—⁶³ el silabograma <Pa> estándar, que se usa desde el período arcaico en adelante, ligeramente inclinado hacia la izquierda.

El sexto y último signo, cuya distancia del quinto es prácticamente igual a la distancia entre el primero y el segundo signo de la inscripción, es en nuestra opinión una nasal⁶⁴ —con los laterales sólo ligeramente oblicuos debido a la circularidad del vaso— parecida al tipo que Untermann llama “n 2” pese a su utilización con el valor de nasal labial /m/ en época arcaica dentro del grupo occidental.⁶⁵ De hecho, en la lectura inicial de Sanz dicho signo se interpretó con su valor original de nasal labial, es decir como <m>,⁶⁶ lo que podría tener coherencia a la vista de los demás grafemas empleados en nuestro fragmento, todos ellos no incompatibles con un estilo de escritura arcaico.

En tal caso, el epígrafe del vaso se leería de izquierda a derecha como:

] s e K a l B a m [

Si eso fuera cierto, el tipo de escritura, que emplea una variante típica, al parecer, de la propia *Pintia* —utilizada además en el grupo central o intermedio—, sería en su conjunto arcaico y coincidiría con el occidental, algo sin duda posible por la posición geográfica de Las Quintanas con respecto a los demás sitios donde se han hallado inscripciones en signario celtibérico.

Más probable es, sin embargo, que el sexto signo se empleara en su valor más moderno de nasal dental /n/ y que nuestro epígrafe se tenga que leer como:

] s e K a l B a n [

dato que todos los signos utilizados apuntan más bien al período intermedio, si bien algunos de ellos fueron empleados también en las escuelas de escritura de otros períodos. Entonces, también el nivel de lengua representado por el epígrafe vasculano resultaría ser —como comentaremos en detalle bajo el epígrafe II.1.2— más moderno que el celtibérico conocido, llegando a ser más parecido al tipo lingüístico ‘galo’, propio —entre otros— de la fusayola de Las Ruedas arriba citada⁶⁷, cuyo sistema de escritura es, además, “el oriental, con tres variantes grafemáticas que se aprecian ya en el tipo más bien central”.⁶⁸

⁶² Sanz 2008, 181.

⁶³ Blanco 2011, 181.

⁶⁴ Blanco 2011, 181, baraja también la posibilidad de una sibilante sorda <s>, que sería entonces de forma diferente de la que aparece a comienzos de nuestro fragmento.

⁶⁵ Se confrontará al respecto la tabla, más detallada, de Rodríguez Ramos 2006, 187-188.

⁶⁶ Erróneamente citado como “una n” por Blanco 2011, 181.

⁶⁷ Por su nominativo asigmático.

⁶⁸ De Bernardo, Sanz y Romero 2010, 417.

1.2. La interpretación del texto

De ser nuestra lectura correcta, el epígrafe del vaso, aunque fragmentario, nos permitiría individualizar —como segundo elemento— el acusativo singular de un tema en *-ā* correspondiente al lexema céltico conocido como galo *galba* (gl. *praepinguis*) que normalmente indica algo gordo o graso, mantecoso.⁶⁹

Además, de no demostrarse por razones arqueológicas una necesaria discrepancia entre la procedencia y/o fecha del pequeño vaso de Las Quintanas y de la fusayola de Las Ruedas, es probable que ambas piezas nos remitan a un tipo de escritura y de lengua parecidas, si bien la brevedad y —en el caso del vaso— lo fragmentado de nuestros textos sólo nos proporciona dos grafemas a comparar, el <Ba> y el <Ka>, que —como acabamos de comentar en el apartado precedente— pertenecen al mismo tipo en las dos inscripciones.

Nos decantamos pues por la interpretación menos arcaica —es decir, oriental— de la escritura del vaso, o sea hacia la transcripción interpretativa:

[...]se galban # ¿[-]?

con un complemento objeto *galban* en el cual el *-m* heredado ha pasado a *-n* en posición final de palabra, como en el celta modernizado y en el galo clásico.⁷⁰

Dicho complemento objeto, de no ser un atributo, podría incluso acabar el texto original, o por lo menos su primera frase;⁷¹ es decir, si fuera un sustantivo referido a alguna sustancia —¿crema? ¿grasa, manteca?— u objeto —¿recipiente panzudo? ¿[panza de] un animal?—. Pese a la utilización del lexema en cuestión en la onomástica galorromana,⁷² no parece demasiado probable que tengamos aquí un nombre de persona en acusativo.

No se puede, por otro lado, identificar el morfema en *-se* que parece preceder a lo que creemos ser un acusativo, ni tampoco individualizar su función sintáctica. Lo único que queremos hacer constar es que, dado que hay zonas —dentro del área de utilización del signario celtibérico— donde lo que en celtibérico *stricto sensu* sería *yo* y/o *ya* se ha cerrado hasta llegar a *e*,⁷³ nuestra inscripción podría quizás haber representado el desarrollo dialectal vacceo de uno de éstos contextos.

Finalmente, está claro que el recipiente “concebido específicamente

⁶⁹ Cf. Delamarre 2003, 174, y también Degavre 1998-04, I, 226. Traducido por Stokes y Bezenberger como “*Schmerbauch*” (WKS 107), el lexema (IEW 359) no ha sido incluido en Matasović 2009.

⁷⁰ Menos probable —como acabamos de explicar en el apartado II.1.1— es que la escritura sea de tipo occidental, y que el acusativo, por lo tanto, se deba leer como *galbam*, con *-m* final preservada como en celtibérico y en todo el celta más arcaico.

⁷¹ Si es que el texto, ahora fragmentario, continuaba a la derecha.

⁷² Como en el caso del emperador *Galba*.

⁷³ Véase ahora De Bernardo en este mismo número de *Palaeohispanica*.

Grafitos con signario celtibérico en cerámicas de Pintia (Padilla de Duero-Peñaflor, Valladolid)

con ese texto” pudo haber sido encargado a un alfarero por y/o para un vacce de alta condición social.⁷⁴

2. Vasos con marcas en signario celtibérico

2.1. *Tintero campaniense* y otros vasos con posible sílaba <Ta> (figs. 4 y 5)

La segunda pieza que examinaremos es, como queda dicho, un pequeño recipiente de cerámica campaniense, tipo “tintero”, de la forma 7742a de Morel; sus medidas son: diámetro máximo 57 mm, diámetro base 48 mm, altura 40 mm (fig. 4). Procede, al igual que el fondo del vasito que acabamos de analizar, del sector C1 de la trinchera excavada en el poblado de Las Quintanas, si bien del nivel sertoriano en esta ocasión; se trata, por tanto, de una pieza que, aunque datable en torno al 210 a.C., fue definitivamente amortizada al ser destruida violentamente por incendio la casa 9 de dicho nivel con ocasión de las Guerras Sertorianas, razón por la cual —dado que el grafito se ejecutó con posterioridad a su cocción— es difícilmente precisable el momento en el que este se llevó a cabo.⁷⁵ La marca fue incisa en la pared del tintero y consta de un solo silabograma del signario celtibérico, una <Ta>.

Otros cuatro vasos, procedentes ahora de la necrópolis de Las Ruedas, presentan igualmente idéntica marca. De la tumba 136 proceden el cáliz de borde engrosado y gruesas paredes alisadas de un mortero hecho a torno, al que le falta la base; el grafito, realizado después de la cocción del vaso, aparece prácticamente centrado en el cuerpo (fig. 5.1). Inventariado con la sigla PD/LR/2007/G2g2/1707/136/W, sus dimensiones son: diámetro boca 96 mm, diámetro del arranque de la base 45 mm, altura conservada 63 mm.

Una olla tosca hecha a torno (PD/LR/2008/G2c1/1813/173/G), que cumplió las funciones de urna cineraria, procede de la sepultura 173 (fig. 5.2); de color negruzco, presenta borde vuelto, labio apuntado pegado a la pared, diámetro máximo alto y con molduras por encima de él y base umbilicada; el grafito, ejecutado con anterioridad a la cocción del vaso, ocupa la parte central del cuerpo por debajo de su diámetro máximo, siendo sus dimensiones: diámetro boca 179 mm, diámetro máximo 203 mm, diámetro base 90 mm, altura 166 mm.

En la tumba 140 se recuperó otra olla, asimismo hecha a torno y de superficie tosca, con borde vuelto y pegado a la pared, diámetro máximo moldurado ligeramente por encima de la mitad de su altura y base umbilicada; la marca se trazó en el hombro previamente a la cocción (fig. 5.3). Aunque pudiera sospecharse, pues es lo habitual, es difícil saber si pudo ser también la urna cineraria, pues la tumba se encontró muy alterada y los restos de la cremación del difunto aparecieron dispersos entre la tierra del re-

⁷⁴ En palabras de Blanco 2011, 179.

⁷⁵ Una referencia al mismo, aunque sin mención del grafito que ahora comentamos, en: Sanz, Romero y Górriz 2009, 266, fig. 7.

lleno. Registrada con la sigla PD/LR/2007/G2i2/1704/140/A, sus dimensiones son: diámetro boca 110 mm, diámetro máximo 127 mm., diámetro base 66 mm, altura 99 mm.

Por último, nos detendremos en otra olla, también hecha a torno aunque de pasta fina amarillenta en esta ocasión, procedente de la tumba 128 (PD/LR/2007/E2f6/1709/128/Q); de características análogas a las anteriores, presenta su diámetro máximo alto y sobre el mismo una línea horizontal pintada de color marrón rojizo; otra, ondulada y de color marrón oscuro se dibujó en el hombro; el grafito se grabó, una vez cocido el vaso, en su mitad inferior (fig. 5.4). Sus dimensiones son: diámetro boca 95 mm, diámetro máximo 99 mm, diámetro base 44 mm, altura 72 mm.

En los cinco recipientes se halla repetidamente —si bien con orientación, colocación e incluso *ductus* ligeramente diferentes— un aspa del tipo que corresponde al silabograma <Ta>.

La diferente forma de las vasijas de las tumbas 173, 140 y 128 —ollas, independientemente de que se trate de piezas de superficies toscas o de pasta fina— con respecto a la de la sepultura 136 y, ante de todo, a aquella de la pieza campaniense nos hace excluir que estemos en presencia de una marca ‘tipológica’, o sea que indicara un tipo de forma o un determinado volumen. Por tratarse, además, de un marca de cerámica muy frecuente en la zona vaccea,⁷⁶ se supone que estemos, al menos en aquellos casos en que el grafito se trazó previamente a la cocción de las vasijas, en presencia de la indicación de fabricación o procedencia de las mismas.

El hecho de que otros tipos de marcas cerámicas hallados dentro del *corpus* vacceo parezcan derivados (o ‘múltiplos’) del aspa,⁷⁷ podría estar indicando que el de este grupo era el tipo de marca ‘simbólica’ más sencillo o básico.⁷⁸ Con todo, y por otro lado, el hecho de que verdaderos signos de escritura aparezcan en otras cerámicas vacceas⁷⁹ implica que aquí también podríamos estar en presencia no tanto de una marca simbólica o de pseudo-grafía, cuanto de una verdadera sílaba /ta/ o /da/ por la que empezaba el nombre del marchante o quizás del mismo alfarero e incluso de la localidad de producción.⁸⁰

2.2. Ollas con el signo <l> (fig. 6)

De la tumba 164 procede una olla tosca hecha a torno que cumplió la función de urna cineraria (PD/LR/2008/G2a1/1804/164/E); de color negro,

⁷⁶ Blanco 2011, 162 y 178.

⁷⁷ Véase más adelante el epígrafe II.2.5.

⁷⁸ Confróntese también, a este respecto, la marca que presenta un vasito caliciforme de este mismo cementerio, recuperado en posición secundaria, y que parece más bien una cruz que un aspa (Sanz 1997, 151, núm. 174, fig. 152-174).

⁷⁹ Véase por ejemplo, la vasija con la marca <To> a que nos referiremos a continuación bajo el epígrafe II.2.3.

⁸⁰ En cuyo caso podría pensarse quizá en la antigua *Tarmes*.

presenta el borde vuelto con el labio pegado a la pared, diámetro máximo alto, toda su superficie moldurada y base umbilicada; en la mitad inferior del cuerpo se grabó un grafito previamente a la cocción (fig. 6.1); sus dimensiones son: diámetro boca 154 mm, diámetro máximo 201 mm, diámetro base 84 mm, altura 159 mm.

Haremos referencia asimismo, tal y como señalamos páginas atrás, a otra pieza análoga, recuperada en la tumba 77, con el fin de añadir ahora algunos datos al comentario publicado recientemente por Blanco García⁸¹ y el dibujo de la misma. Se trata de una olla de pasta tosca y color marrón negruzco, hecha a torno, que muestra borde vuelto y pegado al cuerpo, perfil ovoide y base umbilicada; el grafito se llevó a cabo, previamente a su cocción, a lo largo del cuerpo; inventariada con la sigla PD/LR/2002/VI/AH/1207/77/A (fig. 6.2), sus dimensiones son: diámetro boca 95 mm, diámetro máximo 105, diámetro base 55 mm, altura 80 mm.

En ambos recipientes se lee una <l>, aunque con ligeras diferencias: en la pieza de la tumba 164, una forma moderna de <l> con asta oblicua aparece —como es normal en todas las fases más modernas de escritura— con orientación dextrorsa. Una marca del mismo tipo, aunque con orientación sinistrosa de la escritura y con una variante más arcaica de la misma letra, se halla en la olla de la sepultura 77; sin embargo, la interpretación alternativa de este segundo grafito como silabograma <Ki> desgastado, que propone Blanco,⁸² convence aún menos ahora que conocemos también la pieza de la tumba 164, en la que la presencia de la <l> es inequívoca.

La semejanza tipológica entre ambas vasijas —inexistente entre las piezas que acabamos de comentar en el apartado II.2.1— sugiere que la marca en cuestión, que difiere —además— de la mayoría de las que comentamos por representar una sola consonante y no una sílaba o más, indique simplemente la funcionalidad o el modelo de la pieza cerámica.

2.3. Silabograma <To> sobre un vaso de la tumba 144 (fig. 7)

Vaso, hecho a mano y cocido en fuego oxidante, de perfil globular achatado y fondo plano, con una asita horizontal a la altura de su diámetro máximo, realizada mediante una pella de barro aplicada a la superficie a la que se ha dado forma presionando con los dedos. Presenta superficie rugosa de color anaranjado, siendo claramente visible el desgrasante calizo. Inventariado con la sigla PD/LR/07/G2h2/1715/144/B, sus medidas son: diámetro boca 40 mm, diámetro máximo 77 mm, diámetro base: 50 mm, altura 51 mm.

La marca consta de un solo silabograma del signario celtibérico, una <To> con brazo intermedio más corto, perteneciente al tipo intermedio que Rodríguez Ramos llama 'central o segedense'. Si contemplamos el grafito

⁸¹ Blanco 2011, 189, núm. 11, fig. 19.

⁸² Blanco 2011, 189, con referencia a Rodríguez Ramos 2004, [recte] 146, fig. 14.1.

conforme a silabograma <To>, la barra horizontal sobresale algo a la derecha y, por su parte, el trazo vertical central es algo más corto, aunque pudiera ofrecer el efecto contrario, por haberse arrastrado, muy sutilmente y quizá inadvertidamente, el instrumento con el que se grabó. En cuanto a la función del *To*() o *Do*() que subyace al silabograma en cuestión, no sabemos si se trata de una marca de fabricación o si se refiere al poseedor del recipiente. El hecho de que la marca sea diferente de las que se encuentran en la cerámica hallada en Botorrita y en Caminreal podría indicar que no hace referencia al tamaño de la vasija. Por otro lado, otro tipo de <To>, y en particular la variante arcaica con el brazo intermedio que sobresale de la barra inferior, podría hallarse en el fondo de un plato de terra sigillata sudgálica de la misma necrópolis de Las Ruedas de *Pintia*,⁸³ si bien el hecho de que la pieza se encuentre fragmentada, rompiendo precisamente la marca, nos impide individualizar con seguridad de que signo se trata.

2.4. Otros vasos con posible marca común (fig. 8)

De la tumba 184 procede un vaso, hecho a torno, de pasta fina anaranjada, cuyo perfil abocinado presenta una amplia acanaladura a partir de la mitad de su altura y cuya base convexa cuenta con umbo central; en el interior del labio, donde se grabó el grafito, se decora con tres grupos de trazos rectos oblicuos ejecutados con pintura negra y bajo el borde con una línea recta y otra serpentiforme que se ve interrumpida por los tres pares de triángulos equidistantes, alargados, con el vértice hacia abajo y rellenos de tinta, que penden de la primera (fig. 8.1). Registrada con la sigla PD/LR/2009/G1e9/1907/184/P, sus dimensiones son: diámetro boca 83 mm, diámetro base 62 mm, altura 84 mm.

Una fusayola bitroncocónica de pasta tosca, decorada en su base mayor con impresiones triangulares realizadas a punta de navaja y que ofrece un grafito sobre el cuerpo del tronco superior, llevado a cabo con anterioridad a su cocción, fue recuperada en la tumba 236. Su sigla es PD/LR/2010/G1c8/2010/236/G y sus dimensiones: diámetro máximo 34 mm, diámetro del orificio 13 mm, altura 29 mm (fig. 8.2).

El catino hecho a mano con pasta fina anaranjada de la tumba 230, inventariado con la sigla PD/LR/2010/G1c8/2007/230/B, cuenta con paredes gruesas y superficie alisada y ofrece perfil troncocónico, labio recto y fondo plano; dos orificios junto al borde debieron propiciar su suspensión. El grafito, ejecutado previamente a la cocción del vasito, se grabó centrado en el exterior del fondo (fig. 8.3). Dimensiones: diámetro boca 92 mm, diámetro base 42 mm, altura 38 mm.

Pese a haber sido ya publicada la tumba en la que apareció, la 68,⁸⁴ pero dado que, como señalamos previamente, apenas si se hacía mención

⁸³ Sanz 1997, 177, núm. 566, fig. 173-566.

⁸⁴ Sanz *et al.* 2003b, 210, fig. 9-D; Sanz *et al.* 2006, 74, fig. 9-D.

entonces al grafito que aquí nos interesa, incluiremos también en este apartado un vaso torneado de pasta fina anaranjada que imita la forma Ritt. 5 propia de los repertorios de la sigillata itálica; el grafito se llevó a cabo en su fondo externo tras haber sido cocido el vaso (Fig. 8.4). Inventariado con la referencia PD/LR/2000/v/1/212/68/D, ofrece las siguientes dimensiones: diámetro boca 122, diámetro base 55 mm, altura 74 mm.

El común denominador entre las cuatro piezas que acabamos de presentar, muy diferentes entre si, consiste en que entre sus marcas aparece un trazo que, en un principio, podría ser tanto un grafema <n> occidental y arcaico cuanto una forma bastante moderna del silabograma <Tu>, representada por un simple ángulo agudo y, de ser así, idéntico al que aparece en la fusayola de Las Ruedas que publicamos recientemente.⁸⁵ En este último caso, la sílaba involucrada podría ser /tu/ o /du/.

En el vasito de pasta fina anaranjada decorado con motivos geométricos pintados el signo en cuestión, inciso en el labio con la abertura hacia arriba y por lo tanto con la misma orientación del signo arcaico de nasal, es incluso la única marca visible.

En las otras tres piezas las marcas son dos, pero la posición respectiva de uno y otro signo indica con claridad que no estamos en presencia de dos sílabas consecutivas. En la fusayola el grafema <n> o <Tu> se abre hacia la izquierda, y a la derecha había otro signo, hoy prácticamente ilegible.

Un 'logo' es lo que hay en el fondo del catino hecho a mano, al parecer constituido por una <Tu> —o <n>—, en cuyo vértice interior termina uno de los brazos de una cruz o aspa. Es verdad que podría interpretarse también como la unión del silabograma <Pa> con una <u>, si bien de brazos superiores asimétricos, pero dicha asimetría y el hecho de que para la concurrencia de ángulo —¿<Tu> o <n>?— y aspa —¿<Ta>?— tengamos paralelos —caso de la pieza que comentamos a continuación en este mismo apartado—⁸⁶ nos llevan a pensar que sea esta la interpretación correcta.

Y de hecho, en el fondo del vasito que imita la sigillata, parecen observarse un aspa o <Ta> y —en posición opuesta y con orientación centrípeta— el mismo silabograma <Tu>, de tipo bastante tardío,⁸⁷ documentado, entre otros, en la fusayola con inscripción de Las Ruedas.⁸⁸ Con todo, parece aconsejable ser prudentes en este caso, pues no hay que olvidar que nos encontramos frente a una pieza que imita la forma Ritt. 5 de terra sigillata itálica, bastante frecuente en la necrópolis de Eras del Bosque de la *Pallantia*

⁸⁵ De Bernardo, Sanz y Romero 2010.

⁸⁶ El mismo silabograma <Tu> se asocia con otra marca en dos vasitos de la tumba 65 de la misma necrópolis de Las Ruedas (Romero y Sanz 1990, 167, núm. 2, y 169, núm. 5, figs. 2-2 y 5; Sanz 1997, 135, B, y 136, E, fig. 140-B y E; Blanco 2011, 186-187, núms. 8 y 9, figs. 16 y 17) y también en la pieza con marca icónica que comentaremos a continuación en el epígrafe II.2.5.

⁸⁷ Tanto por el *ductus* circular de la escritura en una superficie redonda cuanto por la fecha muy tardía de la pieza se puede descartar en este caso que se trate de una <n> arcaica.

⁸⁸ De Bernardo, Sanz y Romero 2010.

del río Carrión,⁸⁹ y que debió fabricarse —al igual que otras imitaciones de vasos de las formas Drag. 27 y, en menor medida, Ritt. 8— en los alfares de la ciudad vaccea, para su abastecimiento y el de su entorno;⁹⁰ esta y otras piezas del conjunto han permitido fechar el enterramiento en torno al tercer cuarto del siglo I d.C., razón por la cual, sin duda, los dos signos fueron considerados en su día como propios de la escritura latina y, más concretamente, como numerales,⁹¹ llegando incluso a sugerirse que hicieran referencia a la edad del difunto.⁹² Conviene no olvidar, por otra parte, que idéntico dilema se planteaba en relación con dos vasitos de la tumba 65, algo más tardía incluso que la que comentamos, pues se fecha en el último tercio del siglo I d.C., inclinándose en última instancia sus editores por entender que tales marcas pudieran ser simplemente meros signos de identificación del propietario.⁹³

2.5. Marcas ¿icónicas? (fig. 9)

El cubilete, hecho a mano y de muy mala factura, de paredes rectas y fondo plano, recuperado en la tumba 127b (PD/LR/2007/E2f6/1708/127b/D), presenta en su base un grafito que se trazó previamente a su cochura (fig. 9.1). Las dimensiones del recipiente son: diámetro boca 78 mm., diámetro base 74 mm, altura 50 mm.

Al igual que ocurriera en el catino de la tumba 230, que acabamos de comentar en el epígrafe anterior, también en la pieza que ahora nos ocupa se ve claramente una suerte de ‘logo’ constituido por dos elementos: uno consiste en un aspa interseccionada por dos líneas verticales paralelas, y el otro es un ángulo curvilíneo abierto a la derecha para contener lo que en nuestra opinión es un ‘múltiplo’ de una marca de aspa.

Las razones para pensar que dicho elemento corresponda —dentro de un sistema de indicaciones más complejo— a una medida superior a aquella indicada por medio del aspa se encuentran en otras vasijas vacceas con marcas parecidas. Se documenta en una serie de piezas que Blanco analiza en su repertorio de 2011, si bien intentando una identificación —para nada prometedora— con signos del semisilabario celtibérico. Se trataría más bien de marcas simbólicas indicativas de aspectos como podrían ser el precio o quizás el número de serie de las cerámicas, dado que forma y volumen varían en este grupo lo suficiente como para poder haber sido expresados por la misma marca; baste recordar, en este sentido, cómo en las cuentas de hornada de los alfareros galos de La Graufesenque se numeran progresivamente

⁸⁹ Carretero y Guerrero 1987, 374-375, fig. 6, grupo XIV, núms. 1-4.

⁹⁰ Del Amo y Pérez 2006, 109-110.

⁹¹ Opinión que parece compartir Blanco García al no incluir esta pieza en su reciente nómina de grafitos vacceos.

⁹² Sanz *et al.* 2003b, 210; Sanz *et al.* 2006, 74.

⁹³ Romero y Sanz 1990, 171; Sanz 1997, 358; idéntica disyuntiva, con algún otro comentario más: Blanco 2011, 186-188.

las propias hornadas, en las que se cocían vasijas de formas y tamaños muy diferentes.⁹⁴

Así, el ‘múltiplo de aspa’ que vemos en nuestro cubilete coincide con el que se ve inciso en el fondo externo del pie realzado de una copa de *Cauca* (Coca, Segovia) hecha a torno en cerámica anaranjada (fig. 9.2).⁹⁵

Además, en otras tres vasijas vacceas se observa un aspa cruzada por una sola línea recta y no por dos líneas paralelas como en los casos anteriores. Una de ellas procede de la misma *Pintia* y las otras dos, al igual que la pieza que acabamos de comentar, de *Cauca*. En la primera de ellas, hallada en el poblado de Las Quintanas,⁹⁶ la marca se encuentra incisa junto a la base de un cuenco caliciforme de pasta anaranjada fabricado a torno y decorado con pintura marrónácea (fig. 9.3). La segunda es una olla de cerámica común vaccea cocida en atmósfera oxidante, en la que la marca se encuentra en el borde (fig. 9.4).⁹⁷ Y la tercera es un pequeño plato o cuenco, hecho a torno, de cerámica gris bruñida, imitación de vasos argénteos, en el que la marca se encuentra incisa en el fondo externo (fig. 9.5).⁹⁸ Lo más parecido dentro del *corpus* reseñado en *MLH* es un <Ta> “mit einem Strich zuviel”, que acompaña un <Pa> en la marca de una “*iber(ische) Schale*” hallada en la provincia de Teruel (La Caridad, Caminreal).⁹⁹

También de las cercanías de Coca, si bien en este caso de Castro Cuesta del Mercado, procede aún otra vasija, cuya marca, por consistir en dos líneas paralelas que se cruzan con otras dos, también podría representar un ‘múltiplo’ dentro del sistema aquí identificado: se trata de un pequeño plato hecho a torno en cerámica anaranjada pintada, en el que la marca fue grabada en el fondo externo (fig. 9.6).¹⁰⁰

Por lo que se refiere, finalmente, a la interpretación del gran ángulo curvilíneo de nuestra pieza, son las marcas que hemos tratado bajo el epígrafe II.2.4 las que, específicamente nos hacen pensar que aquí también se tenga que ver un símbolo parecido al silabograma <Tu>, si bien trazado por una mano más rápida e imprecisa.

3. Cajita excisa con asa. ¿Decoración o escritura? (figs 2.1 y 10)

La última pieza a que habremos de referirnos es una cajita de barro cocido recuperada en un hoyo en el sector IIAF de la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia*. Se trata de un ejemplar en miniatura, de aspecto muy macizo y somera cavidad ovalada; las patas se consiguieron mediante cortes oblicuos

⁹⁴ Marichal 1988.

⁹⁵ Blanco 2011, 200-201, núm. 4, fig. 27.

⁹⁶ Gómez y Sanz 1993, 367, fig. 16-7; Blanco 2011, 178, núm. 1, fig. 9.

⁹⁷ Blanco 2011, 197-198, núm. 1, fig. 24.

⁹⁸ Blanco 2011, 198-199, núm. 2, fig. 25.

⁹⁹ *MLH* IV, K. 5.7.

¹⁰⁰ Blanco 2011, 204-205, núm. 2, fig. 32.

convergentes en sendos laterales y el asa, un apéndice semicircular perforado, arranca del borde proyectándose por debajo de las patas; en sus caras, exceptuando la que ocupa el asa, presenta diferentes motivos geométricos ejecutados con técnica excisa de doble bisel, pudiendo entenderse que uno de ellos se corresponda con el silabograma <Ko> en signario celtibérico. Sus medidas son: longitud 62 mm, anchura 33 mm, altura 35 mm, altura sin patas 27 mm y profundidad de la cavidad 11 mm.¹⁰¹

Si comparamos las decoraciones de esta cajita con las de otros ejemplares, y muy particularmente con las de aquellos procedentes de la misma *Pintia*,¹⁰² es evidente que no nos encontramos frente a ninguna de las habituales y características composiciones ornamentales que presentan, ni tampoco ante las técnicas con que normalmente se ejecutan; observamos, por el contrario, una total ausencia no ya de simetría, sino tan siquiera de regularidad en cualquiera de sus caras,¹⁰³ lo que, en principio, obligaría a descartar la hipótesis de que se trate de una composición decorativa, siquiera fuera rudimentaria.

Por otro lado, aunque la cara A parece mostrarnos una <Ko> arcaica¹⁰⁴ del signario celtibérico girada 90° —motivo empleado a menudo también con simple valor ornamental—,¹⁰⁵ no logramos identificar el conjunto de los trazos —rectos todos ellos— de las caras B y C con otros grafemas conocidos, y menos aún si tenemos en cuenta el orden en el que —según los arqueólogos— fueron ejecutados los seis y ocho trazos que configuran, respectivamente, cada motivo (fig. 10).

Otra línea de interpretación que se nos ofrece es la de que se trate de una escritura fingida, y en particular de una imitación de escritura. Hablando del mundo griego y de las inscripciones en los vasos áticos, Wachter¹⁰⁶ identifica de hecho cuatro tipos de “*nonsense-Inschriften*”, las que contienen elementos de palabras comunes —“*near-sense*”—, las que a pesar de aprovechar caracteres verdaderos no tienen sentido —“*meaningless*”—, las que mezclan grafemas verdaderos e inexistentes —“*imitation*”— y las que no presentan caracteres, sino sólo series de puntos —“*blots and dots*”—. De ser así, los tres motivos de nuestra caja se confrontarían entonces con aquellos que quieren aparentar escritura como elemento de prestigio. El fenómeno de la imitación de escritura como tecnología de prestigio controlada por un “ex-

¹⁰¹ Sanz 1997, 169, núm. 522, fig. 166-522.

¹⁰² Sanz 1997, 169-173 y 314-330, figs. 170-172, 212-213 y 215.

¹⁰³ Las líneas no son siquiera paralelas a los límites del presumible campo epigráfico.

¹⁰⁴ “Ko 1” en *MLH* IV, 443.

¹⁰⁵ Por citar una muestra alejada espacial y temporalmente, téngase en cuenta, por ejemplo, el motivo por así decir ‘intermedio’ entre el de nuestra cara A y el de la C que adorna un ladrillo hallado en Vindolanda, considerado “*only a decorative pattern*” por sus editores (*RIB* III, 349, núm. 3371, con dibujo).

¹⁰⁶ Wachter 2007, 482 y n. 11.

clusivo club”¹⁰⁷ se halla a menudo en las acuñaciones monetales;¹⁰⁸ también se conocen —en Galicia— varios sellos de alfarero con símbolos no alfabéticos o pseudoalfabéticos.¹⁰⁹ Incluso existen auténticos “pseudoeπίγραφες”, como acontece —dentro de esa misma región— en una estela de Bermés, cerca de Pontevedra, donde “aparece una gran aspa que ocupa todo el campo epigráfico, posee una forma lejanamente antropomorfa [...]. Como es habitual en esta zona se han grabado también las guías para las letras en la piedra. [...] El único problema es que las letras no son tales: son meros garabatos que tratan de imitar signos alfabéticos”.¹¹⁰ Más antiguo es un vaso del siglo IV a.C. hallado en Suiza (Gudo, Cantón Ticino) donde garabatos en parte zigzagueantes acaban en una letra.¹¹¹ Dentro del *corpus* en signario celtibérico se ha discutido la posibilidad de “pseudoescritura” para algún fragmento cerámico.¹¹²

Sin embargo, la “urgencia” con la cual han sido incisas la rayas, junto con las aparentes superposiciones en la cara C, y quizás también en la B, hacen suponer una motivación mágica. Se conocen, de hecho, textos mágicos en los cuales unas partes del texto se superponen a otras como, por ejemplo, en la lámina de plomo de Sainte-Cécile cerca de Eyguières /F, perteneciente al *corpus* que se suele llamar “galogriego” (*RIG*-*G-9), y en la cual una cara “*comprend peut-être trois inscriptions superposées [...]. Ces inscriptions sont à ce point enchevêtrées qu’il est très malaisé d’isoler et de publier séparément chacune*”.¹¹³ Se podría, entonces, incluso llegar a pensar —¡aunque no a afirmar!— que el conjunto de líneas que aparece en las tres caras de la cajita de *Pintia* esconda alguna letra, a la(s) cual(es) se hayan interpuesto o superpuesto otros trazos de valor simbólico —como pudiera ser quizás un labris en la cara C— y función mágica. En particular, en la cara B podrían esconderse un <Ba>, una nasal de tipo <m = n2> y, de no tener en cuenta el orden reconstruido para los trazos, quizás también un <a>, o mejor dicho un <a 2>; de manera análoga, para la cara C se podría pensar en un

¹⁰⁷ En las palabras de Sanz 2008, 190.

¹⁰⁸ Cf. *i.a.* *RIG* IV, p. 22.

¹⁰⁹ González-Ruibal 2006, 164.

¹¹⁰ González-Ruibal 2006-2007, 623 (con fotografía).

¹¹¹ *CIT* n.º 2 (vol. II, 520 y 525 con fig. 8). Más ejemplos pueden encontrarse en Rubat 2008.

¹¹² Cf. *i.a.* Ballester 2001. No creemos, por otro lado, que este tipo de explicación se pueda aplicar correctamente a los tres dados de Numancia, Calahorra y Sepúlveda, dado que los símbolos de los dos últimos no intentan aparentar escritura. Más probable es —como de hecho argumenta Blanco 2004, 137, con respecto a la pieza cúbica hallada en Sepúlveda— que los símbolos indicaran por convención unos contenidos ideológicos distintos, positivos unos y negativos otros, o cierta acción a realizar dentro de algún tipo de práctica adivinatoria o mágica, dado que tanto el considerable tamaño como la cuidada ejecución de la pieza nos hacen descartar una utilización meramente lúdica. Cf. al propósito también Beltrán, Jordán y Simón 2009, 636 y 650, y Romero 2010, 508-509.

¹¹³ Así Lejeune en *RIG* I, 36. Cf. también Mees 2009, 96-97.

<Ba>, en un <Ta> y/o —prescindiendo una vez más del orden de los signos— en algún tipo de <Bo>.

En definitiva, el tamaño de la cajita, su particular decoración, ajena a lo habitual, y el hecho de haber aparecido en un pozo donde también se halló un *simpulum*, sumado a cuanto acabamos de comentar, parecen respaldar su singularidad y posible vinculación a prácticas rituales, así como una posible interpretación mágica para la misma; con todo, tan sólo futuros hallazgos lograrán dilucidar el misterio que la envuelve.

BIBLIOGRAFÍA

- Arenas 2007: J. A. Arenas-Esteban, “Cult Spaces and Religious Practices in Pre-Roman Celtiberia”, en: M. Hainzmann (ed.), *Auf den Spuren keltischer Götterverehrung, Akten des 5. FERCAN-Workshop (Graz, 2003)*, Viena 2007, 15-28.
- Ballester 2001: X. Ballester, “Nuevos letreros celtibéricos procedentes de Calahorra”, *Kalakorikos* 6, 2001, 255-262.
- Beltrán, Jordán y Simón 2009: F. Beltrán Lloris, C. Jordán Cólera, I. Simón Cornago, “Revisión y balance del *corpus* de téseras celtibéricas”, *PalHisp* 9 (= *Acta Palaeohispanica* X), 2009, 625-668.
- Blanco 2004: J. F. Blanco García, “Pieza cúbica celtibérica de arcilla hallada en Sepúlveda (Segovia)”, *CuPAUAM* 30, 2004, 131-139.
- Blanco 2010: J. F. Blanco García, “La cerámica vaccea”, en: F. Romero Carnicero y C. Sanz Mínguez (eds.), *De la región vaccea a la arqueología vaccea*, Valladolid 2010, 257-291.
- Blanco 2011: J. F. Blanco García, “Los inicios del uso de la escritura entre los vacceos: grafitos y textos en su contexto arqueológico”, en: J. Aparicio Pérez y L. Silgo Gauche (eds.), *ELEA* 11, 2011, 153-227.
- Carretero y Guerrero 1987: S. Carretero y J. Guerrero, “La necrópolis romana de Eras del Bosque (Palencia). Nuevos materiales cerámicos”, *Actas. I. Arte, Arqueología y Edad Antigua, I Congreso de Historia de Palencia (Castillo de Monzón de Campos, 1985)*, Palencia 1987, 367-381.
- Centeno *et al.* 2003: I. Centeno Cea, C. Sanz Mínguez, J. Velasco Vázquez y A. I. Garrido Blázquez, “Aproximación al urbanismo vacceo-romano de *Pintia*”, en: C. Sanz Mínguez y J. Velasco Vázquez (eds.), *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la Región Vaccea. Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*, Valladolid 2003, 69-98.
- Chevalier y Gheerbrant 1991: J. Chevalier y A. Gheerbrant, *Diccionario de los símbolos*, Barcelona 1991.
- CIT: P. Piana Agostinetti (ed.), *Celti d'Italia*, Vols. I-II, Roma 2004.

Grafitos con signario celtibérico en cerámicas de Pintia (Padilla de Duero-Peñaflor, Valladolid)

- De Bernardo 2009: P. de Bernardo Stempel, “El nombre —¿céltico?— de la *Pintia vaccea*”, *BSAA-arqueología* 75, 2009, 243-256.
- De Bernardo, Sanz y Romero 2010: P. de Bernardo Stempel, C. Sanz Mínguez y F. Romero Carnicero, “Nueva fusayola con inscripción en signario celtibérico de la necrópolis vaccea de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid)”, en: F. Beltrán, J. L. García, C. Jordán, E. R. Luján y J. Velaza (eds.), *Serta Palaeohispanica in honorem Javier de Hoz* (= *PalHisp* 10), Zaragoza 2010, 405-426.
- Degavre 1998-04: J. Degavre, *Lexique gaulois*, vols. I-III, Brussell y Libramont 1998-04.
- De Hoz 2010: J. de Hoz, *Historia lingüística de la Península Ibérica en la Antigüedad. I. Preliminares y mundo meridional prerromano*, Madrid 2010.
- Delamarre 2003: X. Delamarre, *Dictionnaire de la langue gauloise: Une approche linguistique du vieux-celtique continental*, París 2003².
- Del Amo y Pérez 2006: M. del Amo y de la Hera y F. J. Pérez Rodríguez, *Museo de Palencia. Guía*, Palencia 2006.
- Escudero y Sanz 1993: Z. Escudero Navarro y C. Sanz Mínguez, “Un centro alfarero de época vaccea: el Horno 2 de Carralaceña (Padilla/Pesquera de Duero, Valladolid)”, en: F. Romero Carnicero, C. Sanz Mínguez y Z. Escudero Navarro (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*, Valladolid 1993, 471-492.
- Ettlinger *et al.* 1990: E. Ettlinger *et al.*, *Conspectus formarum terrae sigillatae Italico modo confectae*, Bonn 1990.
- Fuentes 1992: A. Fuentes Domínguez, “La fase final de las necrópolis ibéricas”, en: J. Blánquez y V. Antona (coords.), *Congreso de Arqueología Ibérica: Las necrópolis (Madrid, 1991)*, Madrid 1992, 587-606.
- Garrido y Gallardo 2003: A. I. Garrido Blázquez y M. A. Gallardo Miguel, “Catálogo”, en: C. Sanz Mínguez y J. Velasco Vázquez (eds.), *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la Región Vaccea. Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*, Valladolid 2003, 279-295.
- Gómez y Sanz 1993: A. Gómez Pérez y C. Sanz Mínguez, “El poblado vacceo de Las Quintanas, Padilla de Duero (Valladolid): Aproximación a su secuencia estratigráfica”, en: F. Romero Carnicero, C. Sanz Mínguez y Z. Escudero Navarro (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*, Valladolid 1993, 335-370.
- González-Ruibal 2006: A. González-Ruibal, “House societies vs. kinship-based societies: An archaeological case from Iron Age Europe”, *Journal of Anthropological Archaeology* 25, 2006, 144-173.
- González-Ruibal 2006-07: *Galaicos. Poder y comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica (1200 a.C.-50 d.C.)*, vol. II (= *Brigantium* 19), A Coruña 2006-07.

- González-Ruibal 2007: A. González-Ruibal, “La vida social de los objetos castreños”, en: F. J. González García (coord.), *Los pueblos de la Galicia céltica*, Madrid, 2007, 259-322.
- IEW: J. Pokorny, *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch*, vols. I-II (con H.B. Partridge), Berna 1959-1969.
- Jordán 2011: C. Jordán, “*Chronica Epigraphica Celtiberica VI*”, *PalHisp* 11, 2011, 285-318.
- Marichal 1988: R. Marichal, *Les graffites de La Graufesenque*, Paris 1988.
- Matasović 2009: R. Matasović, *Etymological Dictionary of Proto-Celtic*, Leiden y Boston 2009.
- Mees 2009: B. Mees, *Celtic Curses*, Woodbridge 2009: The Boydell Press.
- MLH: J. Untermann, *Monumenta Linguarum Hispanicarum, IV: Die tartessischen, keltiberischen und lusitanischen Inschriften*, Wiesbaden 1997.
- Morel 1981: J.-P. Morel, *Céramique campanienne. Les formes*. Roma 1981.
- Olmo 1999: J. del Olmo Martín, “Arqueología aérea en tres ciudades indígenas romanizadas”, en: A. Rodríguez Colmenero (coord.), *Los orígenes de la ciudad en el Noroeste Hispánico. Congreso internacional (Lugo, 1996)*, I, Lugo 1999, 409-428.
- Olmo y San Miguel 1993: J. del Olmo Martín y L.C. San Miguel Maté, “Arqueología aérea en asentamientos vacceos”, en: F. Romero Carnicero, C. Sanz Mínguez y Z. Escudero Navarro (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid 1993, 507-528.
- RIB: R. S. O. Tomlin, R.P. Wright y M.W.C. Hassall, *The Roman Inscriptions of Britain III: Inscriptions on Stone found or notified between 1-I-1955 and 31-XII-2006*, Oxford 2009.
- RIG: P. M. Duval (coord.), *Recueil des inscriptions gauloises*, Paris: CNRS; vol. I: M. Lejeune, *Textes gallo-grecs*, 1985.
- Rodríguez Corral 2009: J. Rodríguez Corral, *A Galicia castrexa*, Santiago de Compostela 2009.
- Rodríguez Ramos 2004: J. Rodríguez Ramos, *Análisis de epigrafía ibera*, Vitoria 2004.
- Rodríguez Ramos 2006: J. Rodríguez Ramos, “La lectura e interpretación de las inscripciones celtibéricas de las monedas de Segeda a través de la historia de la decodificación de la escritura ibérica”, en: F. Burillo Mozota (ed.), *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior (195 al 153). Homenaje a A. Beltrán Martínez*, Zaragoza 2006, 177-188.
- Romero 2010: F. Romero Carnicero, “Las representaciones zoomorfas en perspectiva cenital. Un estado de la cuestión”, en: F. Romero Carnicero y C. Sanz Mínguez (eds.), *De la región vaccea a la arqueología vaccea*, Valladolid 2010, 467-545.
- Romero y Sanz 2009: F. Romero Carnicero y C. Sanz Mínguez, “Tiempo y género a partir de la Arqueología. Las necrópolis de *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid)”, en: M. I. del Val Valdivieso, C. de la

Grafitos con signario celtibérico en cerámicas de Pintia (Padilla de Duero-Peñañiel, Valladolid)

- Rosa Cubo, M. J. Dueñas Cepeda y M. Santo Tomás Pérez (eds.), *Protagonistas del pasado. Las mujeres desde la Prehistoria al siglo XX*, Valladolid 2009, 59-103.
- Romero y Sanz 1990: M. V. Romero Carnicero y C. Sanz Mínguez, “Sepulturas romanas de incineración en la provincia de Valladolid: Los depósitos de Padilla de Duero y Simancas”, *Numantia. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León* III, 1990, 165-174.
- Rubat 2008: F. Rubat Borel “Segno graffito su un fondo di ceramica fine: una testimonianza della scrittura presso i Taurini”, en: F. M. Gambari (ed.), *Taurini sul confine. Il Bric San Vito di Pecetto nell’età del Ferro*, Torino 2008, 109-110.
- Sanz 1997: C. Sanz Mínguez, *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*, Valladolid 1997.
- Sanz 2008: C. Sanz Mínguez, “Un puñal-reliquia vacceo hallado en Pintia (Padilla de Duero, Valladolid)”, *Gladius* 28, 2008, 177-194.
- Sanz 2010: C. Sanz Mínguez, “Un vacío vacceo historiográfico: sus necrópolis”, en: F. Romero Carnicero y C. Sanz Mínguez (eds.), *De la región vaccea a la arqueología vaccea*, Valladolid 2010, 193-230.
- Sanz y Romero 2005: C. Sanz Mínguez y F. Romero Carnicero, *Pintia cotidiana y simbólica*. Valladolid 2005.
- Sanz y Romero 2007: C. Sanz Mínguez y F. Romero Carnicero, “Pintia, un oppidum en el extremo oriental de la Región Vaccea”, en: C. Sanz Mínguez y F. Romero Carnicero (eds.), *En los extremos de la Región Vaccea*, León 2007, 59-76.
- Sanz y Romero 2008: C. Sanz Mínguez y F. Romero Carnicero, “Campaña XVIII (2007) de excavaciones arqueológicas en Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel)”, en: C. Sanz Mínguez y F. Romero Carnicero (dirs.), *Vaccea Anuario 2007*, Valladolid 2008, 6-12.
- Sanz y Romero 2010: C. Sanz Mínguez y F. Romero Carnicero, “Mujeres, rango social y herencia en la necrópolis vaccea de Las Ruedas, Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid)”, en: F. Burillo Mozota (ed.), *Ritos y mitos, VI Simposio sobre Celtíberos (Daroca, Zaragoza, 2008)*, Zaragoza 2010, 403-419.
- Sanz, Gómez y Arranz 1993: C. Sanz Mínguez, A. Gómez Pérez y J. A. Arranz Mínguez, “La necrópolis vaccea de Carralaceña, un nuevo conjunto funerario del complejo arqueológico Padilla-Pesquera de Duero (Valladolid)”, *Numantia, Arqueología en Castilla y León* 4, 1993, 129-147.
- Sanz, Romero y Górriz 2009: C. Sanz Mínguez, F. Romero Carnicero y C. Górriz Gañán, “Espacios domésticos y áreas funcionales en los niveles sertorianos de la ciudad vacceo-romana de Pintia (Padilla de Duero / Peñañiel, Valladolid)”, en: M^a.C. Belarte (ed.), *L’espai domèstic i l’organització de la societat a la protohistòria de la Mediterrània occidental (Ier mil·lenni a.C.)*, Barcelona, *Arqueo Mediterrània* 11, 2009, 253-270.

- Sanz *et al.* 2003a: C. Sanz Mínguez, J. Velasco Vázquez, I. Centeno Cea, M. A. Gallardo Miguel y J. del Olmo Martín, “*Pintia*: nacimiento y desarrollo de un *oppidum* vacceo-romano”, en: C. Sanz Mínguez y J. Velasco Vázquez (eds.), *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la Región Vaccea. Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*, Valladolid 2003, 45-65.
- Sanz *et al.* 2003b: C. Sanz Mínguez, F. Marco Simón, F. Beltrán Lloris, L. Catalán Garrido, J. Velasco Vázquez y I. Centeno Cea, “Las Ruedas de *Pintia*: nuevos datos para la contextualización de las estelas funerarias discoides”, en: C. Sanz Mínguez y J. Velasco Vázquez (eds.), *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la Región Vaccea. Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*, Valladolid 2003, 197-220.
- Sanz *et al.* 2006: C. Sanz Mínguez, F. Marco Simón, F. Beltrán Lloris y J. Velasco Vázquez, “Nuevos datos para la contextualización de las estelas funerarias discoides en *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid)”, *Actas, VIII Congreso Internacional de Estelas Funerarias (Lisboa, 2005)*, Lisboa 2006, 63-91.
- Sanz *et al.* 2009: C. Sanz Mínguez, F. Romero Carnicero, C. Górriz Gañán y R. De Pablo Martínez, *El vino y el banquete en la Ribera del Duero durante la Protohistoria*, Valladolid 2009.
- Sanz *et al.* 2010: C. Sanz Mínguez, F. Romero Carnicero, T. Olteanu, C. Górriz Gañán y R. De Pablo Martínez, “Los sistemas defensivos de *Pintia*”, en: C. Sanz Mínguez y F. Romero Carnicero (dirs.), *Vaccea Anuario 2009*, Valladolid 2010, 13-19.
- Sanz *et al.* 2011a: C. Sanz Mínguez, F. Romero Carnicero, C. Górriz Gañán y R. De Pablo Martínez, “Campana XXI, 2010, de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel)”, en: C. Sanz Mínguez y F. Romero Carnicero (dirs.), *Vaccea Anuario 2010*, Valladolid 2011, 6-14.
- Sanz *et al.* 2011b: C. Sanz Mínguez, F. Romero Carnicero, C. Górriz Gañán y R. De Pablo Martínez, “El foso y el sistema defensivo de *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid)”, *Revista d’Arqueologia de Ponent* 21, 2011, 221-232.
- Sanz *et al.* e.p.: C. Sanz Mínguez, F. Romero Carnicero, C. Górriz Gañán y R. De Pablo Martínez, “El complejo defensivo de *Pinta* (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid)”, en: F. Burillo Mozota (ed.), *Nuevos hallazgos. Nuevas interpretaciones, VII Simposio sobre Celtíberos (Daroca, Zaragoza, 2012)*, Zaragoza e.p.
- Velasco, Sanz y Centeno 2003: J. Velasco Vázquez, C. Sanz Mínguez e I. Centeno Cea, “La necrópolis tardoantigua e hispanovisigoda de Las Quintanas”, en: C. Sanz Mínguez y J. Velasco Vázquez (eds.), *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la Región Vaccea. Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*, Valladolid 2003, 221-247.

Grafitos con signario celtibérico en cerámicas de Pintia (Padilla de Duero-Peñaflor, Valladolid)

Wachter 2007: R. Wachter, “Attische Vaseninschriften: was ist von einer sinnvollen und realistischen Sammlung zu erwarten? (AVI 1)”, en: I. Hajnal (ed., con la ayuda de B. Stefan), *Die altgriechischen Dialekte: Wesen und Werden*, Innsbruck 2007, 479-498.

WKS: Wh. Stokes y A. Bezenberger, *Wortschatz der keltischen Sprach-einheit*, Göttingen 1979⁵ (= A. Fick, *Vergleichendes Wörterbuch der indogermanischen Sprachen*, 2. Teil, 1894⁴).

Patrizia de Bernardo Stempel
UPV/EHU, UFI 11/14
correo-e: patrizia.debernardo@ehu.es

Fernando Romero Carnicero
Universidad de Valladolid
correo-e: fromero@fyl.uva.es

Carlos Sanz Mínguez
Universidad de Valladolid
correo-e: csanz@fyl.uva.es

Fecha de recepción del artículo: 04/06/2012

Fecha de aceptación del artículo: 05/07/2012

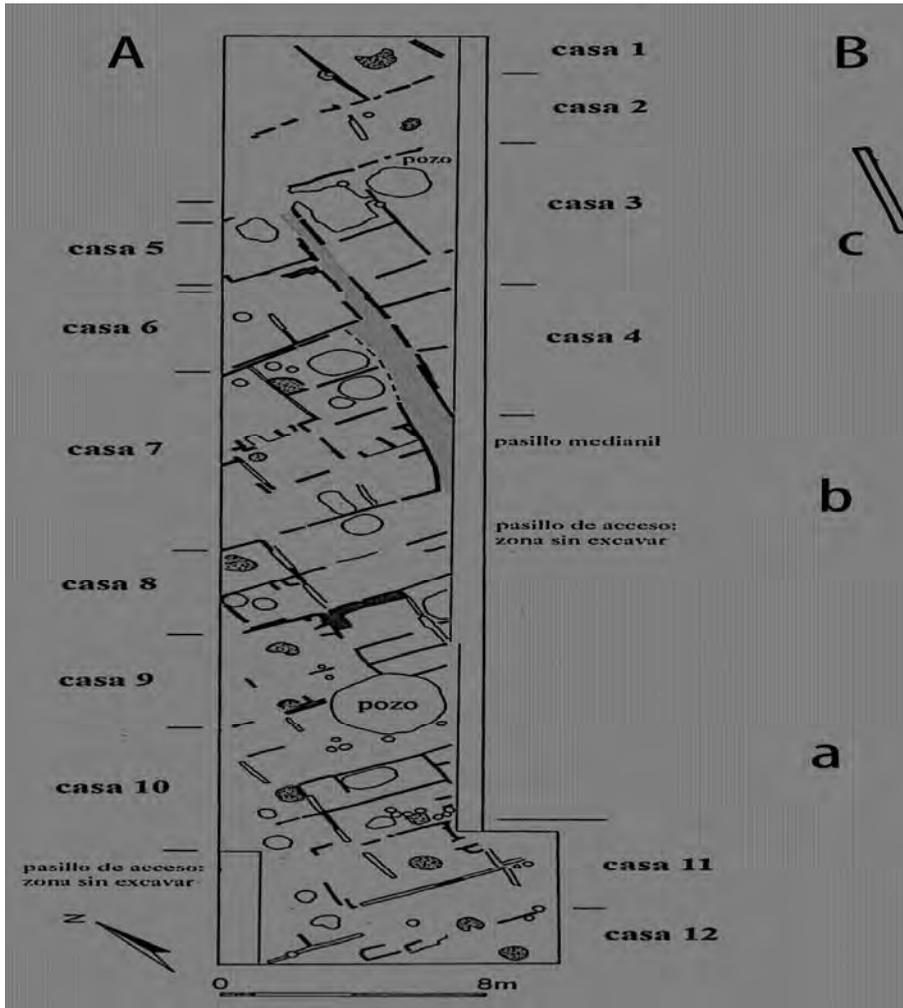


Fig. 1: *Pintia* (Padilla de Duero-Peñafiel, Valladolid): A. poblado de Las Quintanas, planta del nivel sertoriano; B. sector C1: a. casa número 9 del nivel sertoriano, b. nivel postsertoriano-augusteo, c. nivel altoimperial, casa 3; C. materiales arqueológicos más significativos recuperados: 1. tintero campaniense; 2. vaina de puñal tipo Monte Bernorio; 3. vasito con inscripción en signario celtibérico; 4. terra sigillata itálica (a diferentes escalas).

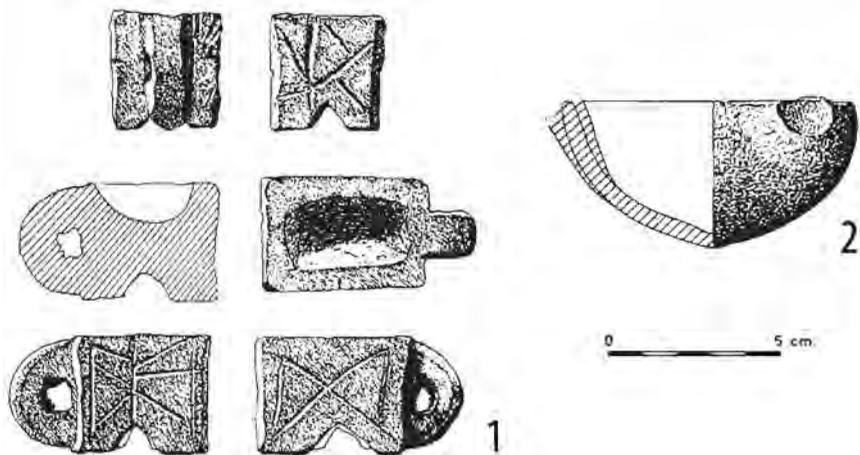


Fig. 2: Piezas recuperadas en un hoyo en la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia*: 1. cajita zoomorfa con decoración excisa; 2. *simpulum* de cerámica.

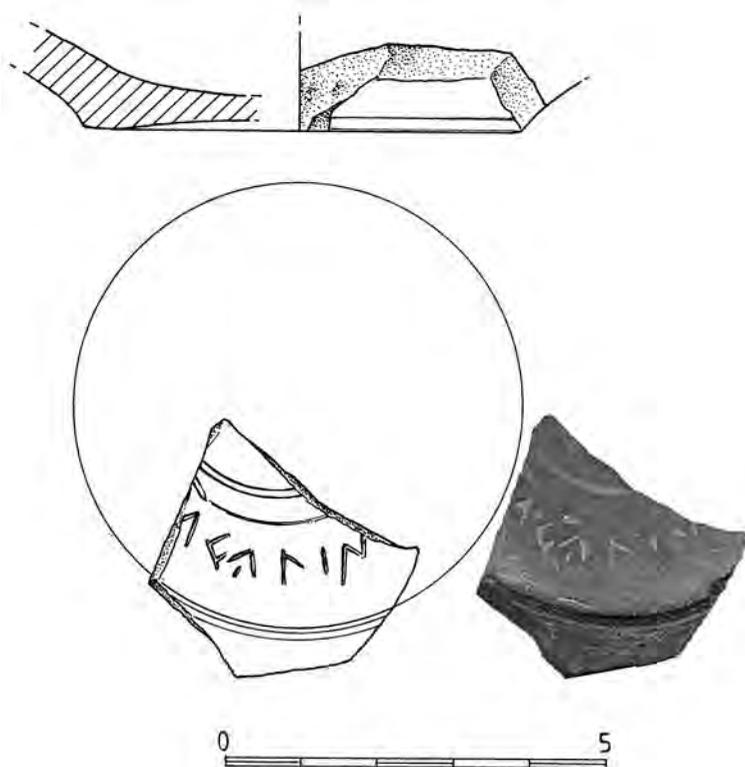


Fig. 3: Fondo de vaso con inscripción en signario celtibérico del nivel augusteo-tiberiano del poblado de Las Quintanas de *Pintia*.

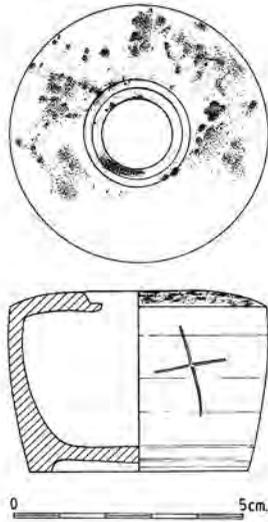


Fig. 4: *Pintia*, poblado de Las Quintanas, tintero campaniense con marca en signario celtibérico del nivel sertoriano.

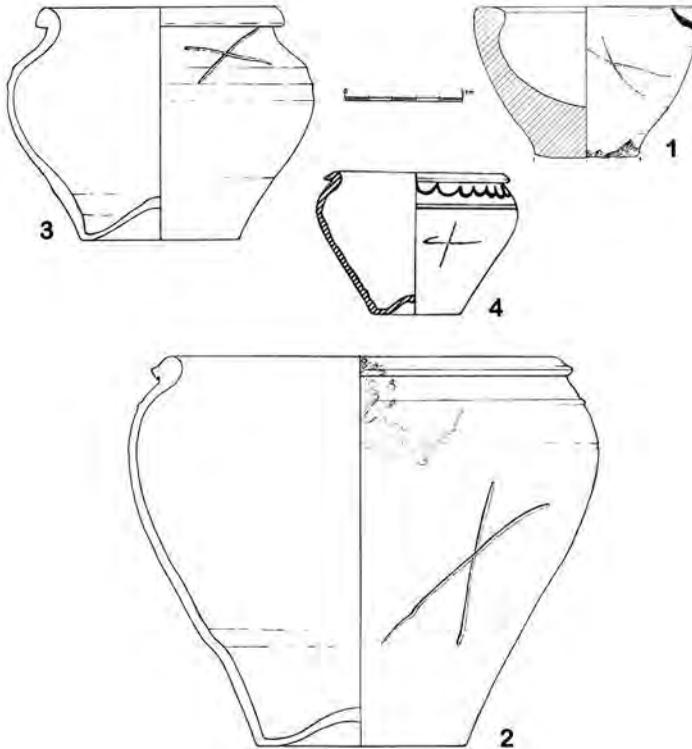


Fig. 5: Vasos con posible sílaba <Ta> de la de la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia*: 1. tumba 136; 2. tumba 173; 3. tumba 140; 4. tumba 128.

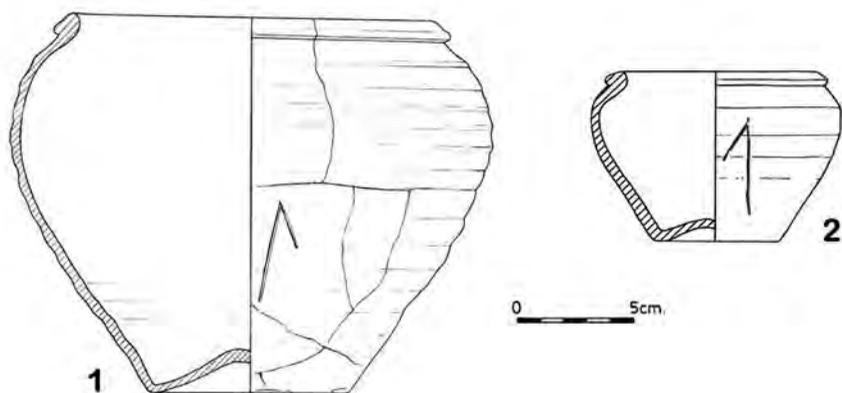


Fig. 6: Ollas con el signo <l> de la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia*:
1. tumba 164; 2. tumba 77.

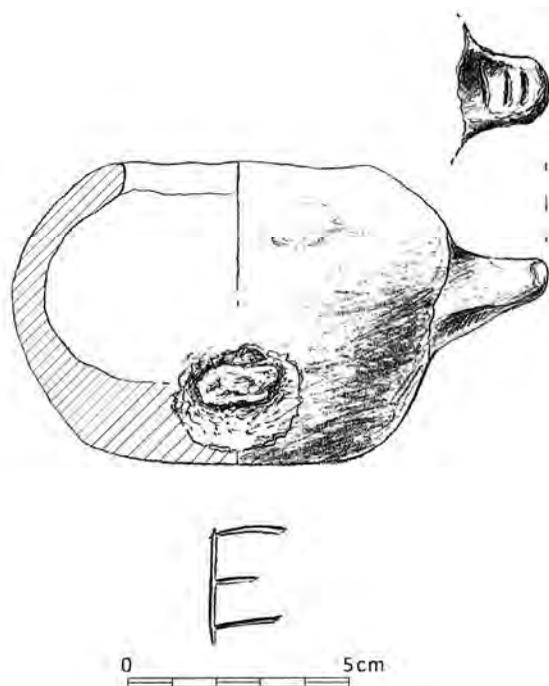


Fig. 7: Silabograma <To> sobre un vaso de la tumba 144 del cementerio
de Las Ruedas de *Pintia*.

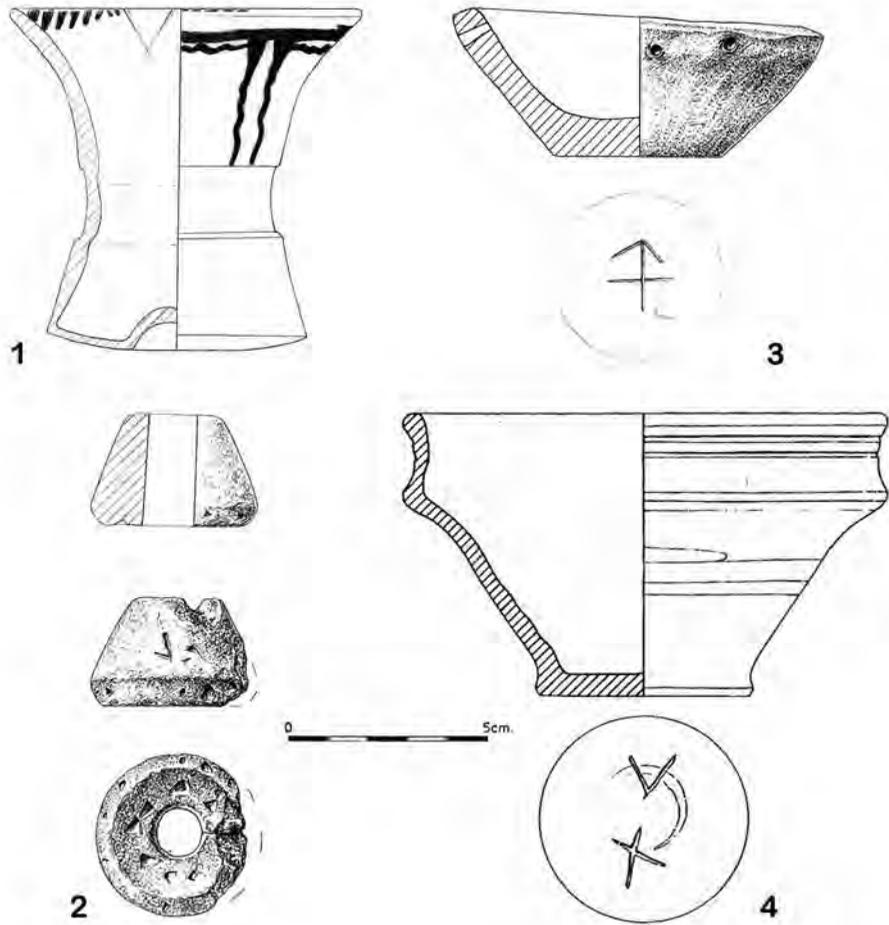


Fig. 8: *Pintia*, Necrópolis de Las Ruedas, vasos con posible marca común: 1. tumba 184; 2. tumba 236; 3. tumba 230; 4. tumba 68.

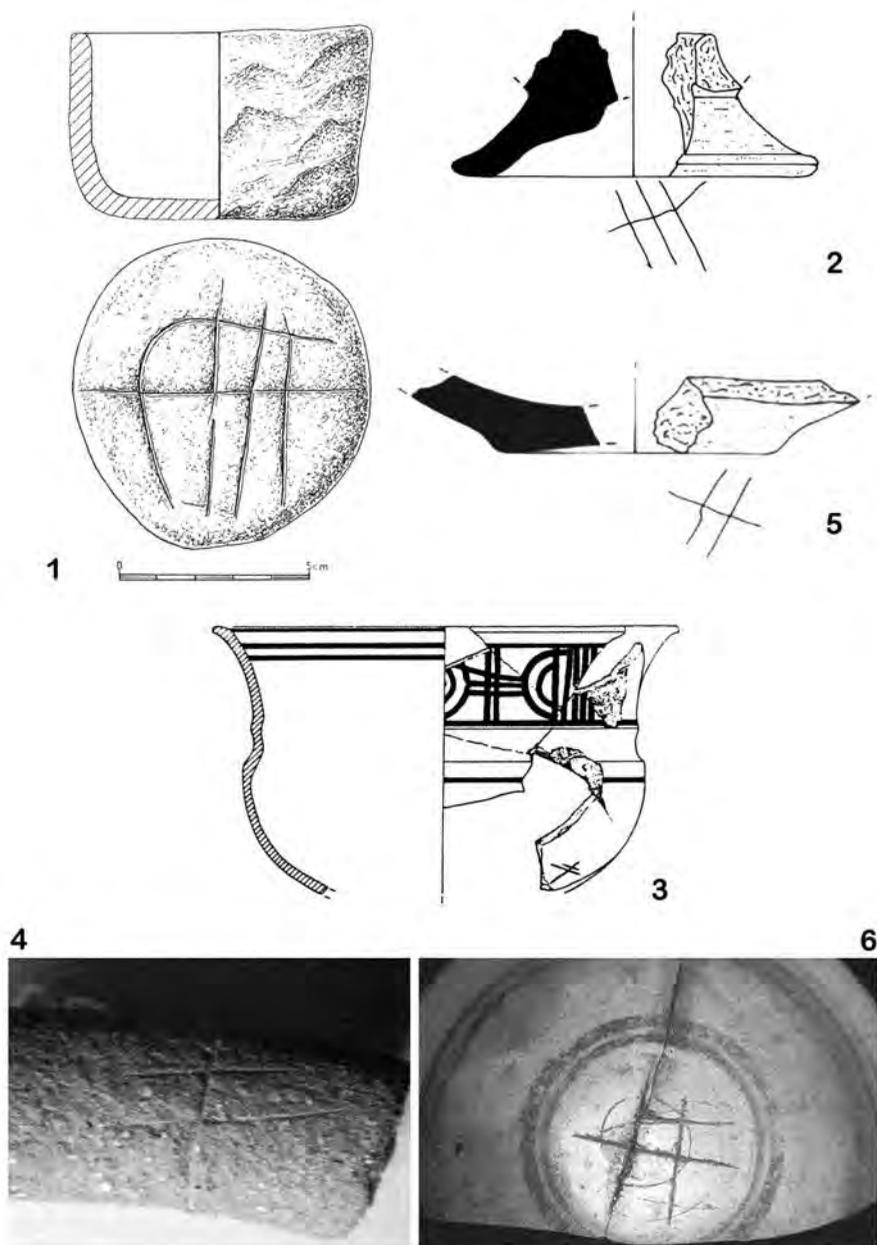


Fig. 9: Posibles marcas icónicas: 1. necrópolis de Las Ruedas de *Pintia*, tumba 127b; 3. poblado de Las Quintanas de *Pintia* (según Gómez y Sanz 1993); 2 y 4 a 6. *Cauca*, Coca, Segovia (según Blanco 2011). Los números 2 a 6 a diferentes escalas.

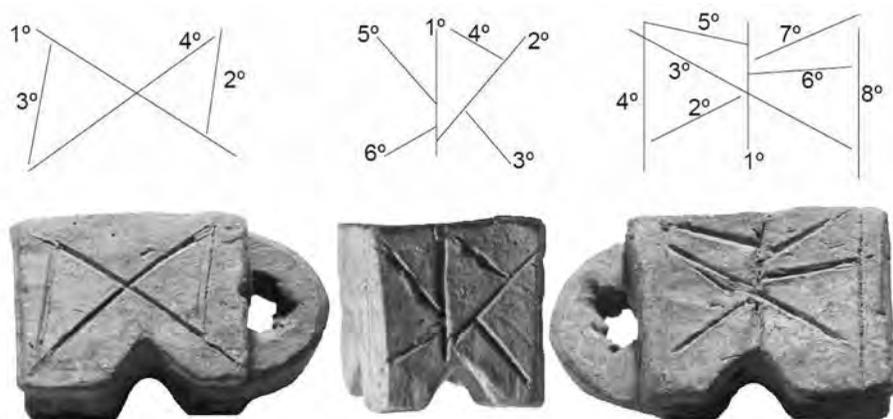


Fig. 10: Necrópolis de Las Ruedas de *Pintia*, cajita zoomorfa con decoración excisa; sobre ella los trazos de sus diferentes caras con el numeral correspondiente al orden de ejecución.